

# Los orígenes del neoliberalismo: del Coloquio Lippmann a la Sociedad del Mont-Pèlerin

## *The origins of neo-liberalism: from the Lippmann colloquium to the Mont-Pelerin Society*

*Journal of Economic Literature (JEL):*

B1, B3, P16, E13

### Palabras clave:

Historia del pensamiento  
económico

Historia del pensamiento:  
figuras individuales

Economía política del  
capitalismo  
Neoclásicos

### Keywords:

History of Economic  
Thought

History of Thought: Individuals

Political Economy of Capitalism  
Neoclassical

*Fecha de recepción:*

28 de julio de 2017

*Fecha de aceptación:*

21 de noviembre de 2017

### Resumen

En este artículo presentamos la historia de una organización, la Sociedad del Mont-Pèlerin (SMP) que Friedrich Hayek fundó en 1947, con el apoyo decisivo del ordo-liberal Wilhelm Röpke, para reunir a los oponentes intelectuales del socialismo que compartían su oposición a la tendencia al aumento del papel del Estado en la economía y la sociedad. Desde la creación de la SMP, –e incluso antes a la ocasión del Coloquio Lippmann en 1938–, los intelectuales neoliberales forman un colectivo, animado por la ambición común, de minar la hegemonía del “socialismo”. El marco general del neoliberalismo surgió en la década de 1930 antes de que Hayek tomara la dirección del movimiento, en 1947 en Vevey, Suiza. Ahí nació la más influyente y prestigiosa sociedad de pensamiento completamente dedicada a la causa liberal haciendo la apología y la propagación de una economía de mercado a escala mundial. Para Hayek, se trataba de romper el aislamiento de los pensadores liberales en un mundo amenazado por el *colectivismo* y el ascenso de las tesis keynesianas y marxistas. Usando el prestigio universitario alcanzado a principios de su carrera, Hayek y Röpke se transformaron bajo el choque de la crisis y de la guerra en empresarios de ideología ávidos de ejercer una influencia política para la construcción de una red neoliberal a escala mundial.

### Abstract

This article presents the history of one organization: The Society of Mont-Pèlerin (SMP) which was founded by Friedrich Hayek in 1947, with a decisive support from the ordo-liberal Wilhelm Röpke, to gather the intellectual opponents of socialism who shared his opposition of the tendency to increase the role of the state in the economy and the society. Since the creation of SMP, and even before for the occasion of the Lippmann Colloquium in 1938, neoliberal intellectuals form a collective, encouraged by common

### Héctor Guillén Romo

Universidad de París 8,  
Vincennes Saint-Denis  
<h.guillen@wanadoo.fr>

# 7

ambition, to undermine the hegemony of "socialism". The general framework of neoliberalism emerged in the 1930's before Hayek took over the direction of the movement, in 1947 in Vevey, Switzerland. In this moment was born the most influential and prestigious society of thought completely dedicated to the liberal cause making the apology and the prolongation of a market economy on a world scale. Hayek wanted to break the isolation of liberal thinkers in a world threatened by "collectivism" and stop the rising of Keynesian and Marxist theses. By using their university prestige reached from the beginning of their career, Hayek and Ropke were transformed under the shock of the crisis and the war, into ideological entrepreneurs eager to exercise a political influence for the construction of a neoliberal network on a world scale.

### **El Coloquio Walter Lippmann: momento fundador del neoliberalismo**

Hay que esperar hasta agosto de 1938 con el Coloquio Walter Lippmann para que el concepto

de *neoliberalismo* adquiriera una cierta visibilidad en el campo científico e ideológico con un significado completamente opuesto al utilizado a partir la década de 1970 (Audier S., 2012: 59-1990; Commun, P., 2016: 158; Solchany, J., 2015: 235).<sup>1</sup> El Coloquio Lippmann constituye el momento fundador del movimiento de renovación del liberalismo (Dardot, Pierre/Christian Laval, 2010: 157-158), primera tentativa de creación de una *internacional* neoliberal que prefigura las organizaciones que se implementan después de 1945 (Solchany, J., 2015: 234). Dicho coloquio no hubiera sido posible sin la venida a París de un distinguido periodista americano (Audier S., 2012: 72-74)<sup>2</sup> con motivo de la aparición de su libro *The Good Society* en 1937 y su

<sup>1</sup> Es durante este coloquio que se forjó el vocablo neoliberalismo para designar un liberalismo renovado que los liberales alemanes se resolvieron a endosar sin estar muy convencidos de dicha apelación. Aunque, parece ser, que es en el año 1925 que el economista suizo Hans Honegger utilizó por primera vez la expresión neoliberalismo.

<sup>2</sup> Lippmann fue un amigo muy cercano de Keynes al grado de haber llegado a señalar que debía lo esencial de su formación económica al maestro de Cambridge y de haber proclamado varias veces ser *keynesiano*. Los dos hombres se conocerán cada vez más entre 1920-1930. Es en gran medida Lippmann quien introducirá entre el gran público americano el pensamiento de Keynes. Entre el columnista y el autor de *Las consecuencias económicas de la paz* la corriente pasa muy rápido y muy fuerte. A partir de 1919, Keynes comenzó a colaborar en la revista de Lippmann, *The New Republic*, punta avanzada de la izquierda progresista americana. También es en una colección de *The New Republic*, aún dirigida por Lippmann donde Keynes publica un texto en 1926, *Laissez-faire and Communism* retomando pasajes enteros de su célebre ensayo, *La fin du Laissez faire* donde hace un balance negativo del liberalismo económico del siglo XIX y XX. Lippmann siempre muy atento a los trabajos económicos de la época justifica formas nuevas de intervención compatibles con el libre mercado y la democracia liberal con el propósito de reactivar la economía de una manera que anticipa y formaliza la tendencia general del *New Deal*. En 1937 abogó, bajo la inspiración de Keynes, por establecer impuestos muy progresivos e importantes derechos de sucesión sobre ganancias ganadas ilegítimamente. Manifiestamente, defiende tesis que se inspiran directamente de su amigo Keynes y de ciertos teóricos "institucionalistas" americanos como John R. Commons, muy influyente entre la izquierda. Muy alejado de Mises y Hayek

traducción al francés (Solchany, J., 2015: 239).<sup>3</sup> El libro de Lippmann comienza con el sombrío cuadro de un mundo ganado por el estatismo, el imperialismo, el proteccionismo y el colectivismo; trátase del colectivismo explícito del totalitarismo o del colectivismo gradual de la sociedad democrática gangrenada por los grupos de interés, una evolución que habría exacerbado el *New Deal*. El liberalismo, acusado de haber degenerado en una simple doctrina del *laissez-faire*, aparece como una causa de la crisis moderna. Pero la hora de la refundación habría sonado. Una retórica de la crisis doblada de una perspectiva de recuperación es el mensaje del libro *The Good Society* cuya traducción al francés (con el título *La Cité Libre* y un prefacio de André Maurois donde anunciaba “un renacimiento intelectual del liberalismo”) aparece en 1938 año del Coloquio Lippmann (Lippmann, W., 1938).

W. Lippmann, en *La Cité Libre* critica a los “últimos liberales” (H. Spencer y J. S. Mill). El *laissez-faire* sería una teoría negativa, destructora, revolucionaria que no podía guiar por su naturaleza misma, la política de los estados. Se trataría no de un programa sino de una consigna que “no había sido más que una objeción histórica a leyes superadas” (Lippmann, W., 1938: 227). Estas ideas inicialmente revolucionarias que habían permitido derribar los vestigios del régimen político y social antiguo e instaurar un orden de mercado “se transformaron en un dogma obscurantista y pedantesco” (Lippmann, W., 1938: 228). El naturalismo que impregnaba las teorías jurídico-políticas de los primeros liberales estaba bien adaptado para esta mutación dogmática y conservadora. Si los derechos naturales fueron en una época ficciones liberales que permitieron asegurar las propiedades y, luego entonces, favorecer las conductas acumuladoras, estos mitos –según Lippmann– se petrificaron en dogmas inalterables que impidieron cualquier reflexión sobre la utilidad de las leyes. Prohibiendo además la reflexión sobre su alcance, este respeto absoluto de la *naturaleza* confortaba las situaciones adquiridas por los privilegiados. La idea más falsa de los últimos liberales consistiría en sostener que hay dominios donde hay una ley y otros donde no la hay. Es esta creencia en la existencia de esferas de acción *naturales*, de regiones sociales sin derecho como lo sería, a sus ojos, la economía de mercado, lo que deformó la comprensión del curso histórico e impidió proseguir las políticas necesarias. Como lo hace notar Lippmann, la dogmática liberal se apartó progresivamente en el siglo XIX de las prácticas reales del gobierno. Mientras que los liberales discutían sentenciosamente de la extensión del *laissez-faire* y de la lista de los derechos naturales, la realidad política era la de la invención de leyes, instituciones, normas de todo tipo indispensables a la vida económica moderna:

---

(a pesar de haber sido seducido brevemente por sus críticas a la planeación y al colectivismo), será durante mucho tiempo marcado por el maestro de Cambridge y su crítica del *laissez-faire*.

- <sup>3</sup> Los preparativos del coloquio se realizan con una cierta confusión. Después de haber considerado una simple cena con Walter Lippmann en estancia en Europa durante un trimestre, el filósofo francés Louis Rougier termina por planificar una operación más ambiciosa para finales del verano de 1938. En junio de ese mismo año, Wilhelm Röpke, durante una reunión en Ginebra, en presencia de William Rappard, de Ludwig von Mises y del periodista americano, les habría sugerido la idea de realizar desde este año su viejo plan de organizar una pequeña mesa redonda informal con liberales sedientos de reorientación. La proposición es muy bien acogida y Röpke aprueba la idea de tomar *The Good Society* como base de discusión.

Todas estas transacciones dependían de una ley cualquiera, de la disposición del Estado a hacer valer ciertos derechos y proteger ciertas garantías. Es, en consecuencia, no tener ningún sentido de las realidades preguntar dónde estaban los límites del dominio del Estado (Lippmann, W., 1938: 230).

Los derechos de propiedad, los contratos más variados, los estatutos jurídicos de las empresas, en una palabra, todo el enorme edificio del derecho comercial y del derecho del trabajo que constituían un desmentido a la apologética del *laissez-faire* de los “últimos liberales” quienes se volvieron incapaces de reflexionar sobre la práctica efectiva de los gobiernos y el significado de la obra legisladora. Para Lippmann, el error es incluso más profundo. Estos liberales fueron incapaces de comprender la dimensión institucional de la organización social:

Solo es reconociendo que los derechos legales son proclamados y aplicados por el Estado que se puede someter a un examen racional el valor de un derecho particular. Los últimos liberales no se dieron cuenta. Cometieron el grave error de no ver que la propiedad, los contratos, las sociedades, así como los gobiernos, los parlamentos y los tribunales, son creaciones de la ley y solo existen como partes de los derechos y los deberes cuya aplicación puede ser exigida (Lippmann, W., 1938: 230).

Lippmann analiza la evolución doctrinal del liberalismo como una degradación que se produjo entre finales del siglo XVIII (Bentham) y finales del XIX (Spencer). Para el periodista americano, los *liberales tardíos* manifestaron una ignorancia con respecto al trabajo de los juristas para definir, encuadrar y enmendar el régimen de derechos y obligaciones referentes a la propiedad, los intercambios y el trabajo. El naturalismo que impregnó las teorías jurídico-políticas de los primeros liberales empujó a los *liberales tardíos* a ver en cada disposición jurídica que no les gustaba una insoportable injerencia del Estado, una violación intolerable del estado natural. Para Lippmann, no reconocer el trabajo propio de la creación jurídica constituyó el error inaugural del principio de la retórica denunciadora de la intervención del Estado:

El título de propiedad es una creación de la ley. Los contratos son creaturas del derecho [...]. Toda propiedad, todo contrato, toda sociedad solo existen porque existen derechos y garantías cuya aplicación puede ser asegurada, cuando son sancionados por la ley, recurriendo al poder de coerción del Estado. Cuando se habla de no tocar nada, se habla para no decir nada (Lippmann, W., 1938: 220-321).

Una fuente suplementaria de error consistió en ver en las simplificaciones necesarias de la ciencia económica un modelo social por aplicar. Para Lippmann, es perfectamente normal que el trabajo científico elimine las escorias y las hibridaciones de la realidad de las sociedades para extraer relaciones y regularidades. Pero los liberales consideraron estas leyes como creaciones naturales, una imagen exacta de la realidad y solo vieron en lo que escapaba al modelo simplificado y purificado, imperfecciones o aberraciones (Lippmann, W., 1938: 244). Para Lippmann, el liberalismo que

encarnó el ideal de la emancipación humana en el siglo XVIII, se transformó progresivamente en un conservatismo estrecho que se oponía a todo progreso de las sociedades en nombre del respeto absoluto del orden natural. Habiendo admitido que no existían leyes sino un orden natural proveniente de Dios, los liberales sólo podían predicar, la adhesión alegre o la resignación estoica:

De hecho, defendían un sistema compuesto de vestigios jurídicos del pasado e innovaciones interesadas introducidas por las clases de la sociedad más afortunadas y más poderosas. Además, habiendo supuesto la no-existencia de una ley humana rigiendo los derechos de propiedad, los contratos y las sociedades, no pudieron naturalmente interesarse en la cuestión de saber si esta ley era buena o mala, y si podía ser reformada o mejorada. Es con justa razón que se burlaron del conformismo de estos liberales. Tenían probablemente tanta sensibilidad como los otros hombres, pero sus cerebros habían dejado de funcionar. Afirmando en bloque que la economía de intercambio era *libre*, es decir, situada fuera de la competencia de la jurisdicción del Estado, se metieron en un callejón sin salida [...] Es por esta razón que perdieron el control intelectual de las grandes naciones y que el movimiento progresista le dio la espalda al liberalismo (Lippmann, W., 1938: 234-235).

No solamente liberalismo y progresismo se separaron sino que, sobre todo, apareció una contestación cada vez más fuerte del capitalismo liberal y de las desigualdades que engendraba. El socialismo se desarrolló aprovechando de la petrificación conservadora de la doctrina liberal puesta al servicio de los intereses económicos de los grupos dominantes. El cuestionamiento de la propiedad es para Lippmann particularmente sintomático de esta deriva:

Si la propiedad privada esta tan gravemente comprometida en el mundo es porque las clases poseedoras, resistiendo a toda modificación de sus derechos, provocaron un movimiento revolucionario que las tendió a abolir (Lippmann, W., 1938: 239).

Si bien las ideas expresadas por Lippmann no eran muy nuevas, su recepción entusiasta (Romero Sotelo, M. E. 2016: 47-49)<sup>4</sup> precipita la movilización transnacional de

<sup>4</sup> En una carta enviada por Röpke a Lippmann el 14 de septiembre de 1937, el entusiasmo del economista alemán es palpable: “Alguien debía surgir para infundirnos valor y para poner sus poderosos dones literarios al servicio de esta gran causa que es la causa de la vida y de la muerte de nuestra civilización entera. Tal es el espíritu con el cual acojo su libro”. En Alemania el libro aparece en 1945 con un prefacio de Röpke. Jean Solchany, *op. cit.*, p. 258. En México el libro aparece en 1940 con el título de *Retorno a la libertad*. Las condiciones de su publicación son muy significativas: “Ya como director del Banco de México, a principios de 1938 [Luis] Montes de Oca finaliza la lectura del libro de Lippmann, *The Good Society*. Conmovido, escribió a su amigo Franz Schneider y le manifestó su entusiasmo con la obra, por la defensa que el autor realizaba de las ideas liberales, así como por las nuevas luces que desarrolla sobre ellas. Pensaba que en estas ideas se encontraba la solución de los problemas que el mundo enfrentaba en el presente y enfrentaría en el futuro [...] Montes de Oca comentó a Schneider su intención de realizar la traducción del libro al español con el fin de que el mundo hispano cono-

un grupo de intelectuales que toman conciencia de su misión. El Coloquio Lippmann reunió en París en el Instituto internacional de cooperación intelectual (ancestro de la Unesco y vinculado a la Sociedad de Naciones), del 26 al 30 de agosto de 1938, veintiséis de los más eminentes economistas, sociólogos, intelectuales, altos funcionarios y patrones de Europa y del Nuevo Mundo. Si bien no hay representantes de la Escuela de Chicago y Luigi Einaudi no pudo venir, cabe destacar la participación de los economistas liberales franceses Jacques Rueff y Louis Baudin, de los economistas austriacos Friedrich Hayek y Ludwig Mises y de los alemanes Wilhelm Röpke y Alexander Rüstow (conocidos por sus escritos económicos liberales y su oposición al nacional-socialismo, lo que les había valido una emigración forzada a Estambul), así como del filósofo Michael Polanyi (hermano de Karl). (Commun, P., 2016: 159; Solchany, J., 2015: 239-240). A todas estas personalidades reconocidas y personalidades del gran patronato (Louis Marlio, Auguste Detoef, Ernest Mercier, Marcel Bourgeois) se sumaron –algunos universitarios más jóvenes como Raymond Aron, Etienne Mantoux y Robert Marjolin. Al tomar como base de discusión el libro de Walter Lippmann, las personalidades antes citadas se reunieron con el propósito de discutir las tesis del libro referentes a la amenaza contra la libertad en la Alemania nazi y en la Unión Soviética, así como las condiciones de regreso a un orden liberal renovado, ajeno al *laissez-faire manchesteriano* que ya no sería capaz de darle al problema social una solución satisfactoria (Audier, S., 2013: 23).<sup>5</sup> Las primeras cuestiones planteadas a los participantes del coloquio Lippmann fueron las siguientes: ¿Se trata de transformar el liberalismo dándole un nuevo fundamento o se trata más bien de volver a dar vida al liberalismo clásico, es decir, operar un “regreso al verdadero liberalismo” contra las desviaciones y la herejías que lo han pervertido? ¿La declinación del liberalismo es inevitable como resultado de la tendencia a la concentración de las empresas y de los capitales? ¿Se iría verdaderamente hacia las grandes unidades? ¿La concentración económica era necesaria a la evolución económica o más bien resultado de privilegios jurídicos? El mensaje del filósofo liberal Louis Rougier, organizador del coloquio, retomando una conceptualización política, importante para von Mises, no tuvo ambigüedad:

*El drama moral de nuestra época es la ceguera de los hombres de izquierda que sueñan de una democracia política y de un planismo, sin comprender que el planismo económico implica el Estado totalitario y que el socialismo liberal es una contradicción en los*

---

ciera las ideas liberales de Lippmann. Le anunció que los costos de edición estarían financiados con sus recursos personales y le pidió que transmitiera sus planes a Lippmann, quien aceptó con agrado casi festivo la propuesta [...] La traducción del libro comenzó en 1938, un año después de su publicación en inglés. Con una notable rapidez, todavía como director general del banco central y durante el gobierno del presidente Lázaro Cárdenas, Montes de Oca se lanzó a difundir en el país las nuevas posiciones liberales debatidas en el mundo que violentaban y contravenían el proyecto económico y político del presidente”.

- <sup>5</sup> Contrariamente a lo que se ha señalado el blanco principal del coloquio no fue la teoría económica de John Maynard Keynes alabada por Lippmann en su libro *The Good Society* donde se refería a la obra de su amigo inglés “que ha hecho tanto para demostrar a los pueblos libres que la economía moderna puede ser regulada sin dictadura”.

términos. El drama moral de nuestra época, es la ceguera de los hombres de derecha que suspiran de admiración ante los gobiernos totalitarios, aunque reivindicando las ventajas de una economía capitalista sin darse cuenta de que el Estado totalitario devora la fortuna privada, mete en cintura y burocratiza todas las formas de la actividad económica de un país (Dixon, K., 1998: p. 7).

El libro *The Good Society*, es presentado por el organizador del coloquio como el manifiesto de una reconstrucción del liberalismo alrededor de la cual pueden reunirse espíritus diferentes trabajando en la misma dirección. La idea que anima a Rougier es bastante simple: solo habrá un regreso del liberalismo si se logra refundar teóricamente la doctrina liberal y de ahí deducir una *política liberal activa* que evite los efectos negativos de la creencia metafísica en el *laisser-faire*, que refuerce la competencia y no que la aniquile como lo hacen el colectivismo y el planismo (Dardot P./Christian Laval, 2010: 160). Para el filósofo francés se necesita “un intervencionismo liberal”, un “liberalismo constructor”, un dirigismo de Estado que convendría distinguir del colectivismo y del planismo. El intervencionismo liberal tiene por finalidad restablecer sin cesar las condiciones de la libre competencia amenazada por lógicas sociales que tienden a detenerla:

El dirigismo del Estado liberal implica que sea ejercido de manera de proteger la libertad [...], de manera que la conquista del beneficio sea el resultado de la victoria de los más aptos en una competencia leal, no el privilegio de los más protegidos o de los más poderosos, como consecuencia del apoyo hipócrita del Estado (Rougier L., 1938: 84).

Para Rougier, este liberalismo *mejor comprendido*, este *verdadero liberalismo* pasa por la rehabilitación del Estado como fuente de autoridad imparcial con respecto a los particulares:

Quien quiera regresar al liberalismo deberá volverle a los gobiernos una autoridad suficiente para resistir al empuje de los intereses privados sindicados y solo les regresarán esta autoridad gracias a reformas constitucionales en la medida en que la hayan recuperado en la opinión pública denunciando los daños del intervencionismo, del dirigismo y del planismo que solo son a menudo el arte de desordenar sistemáticamente el equilibrio económico en detrimento de la gran masa de los ciudadanos-consumidores para el beneficio muy momentáneo de un pequeño número de privilegiados como se ve ampliamente en la experiencia rusa (Rougier L., 1938: 10).

Para Rougier,

ser liberal no es de ninguna manera ser conservador en el sentido de mantener privilegios resultantes de la legislación pasada. Es por el contrario ser esencialmente “progresivo” en el sentido de una perpetua adaptación del orden legal a los descubrimientos científicos, a los progresos de la organización y de las técnicas económicas, a los cambios de estructura de la sociedad, a las exigencias de la conciencia contemporánea. Ser liberal

no es como *el manchesteriano* que deja a los coches circular en todos los sentidos, siguiendo sus caprichos con lo que resultarían embotellamientos y accidentes frecuentes; no es como *el planista* que fija a cada coche su hora de salida y su itinerario; es imponer un Código de la circulación, admitiendo que no es forzosamente el mismo en tiempos de transportes acelerados que en tiempos de las diligencias (Rougier, L. 1938; Dardot P. / Christian Laval, 2010: 166).

Esta metáfora del Código de la circulación es una de las imágenes más utilizadas por todo el neoliberalismo al grado de casi llegar a ser una rúbrica general. La encontramos en *La Cité libre* de Lippmann,<sup>6</sup> así como en *Camino de servidumbre* de Hayek.

A pesar de esta aparente unanimidad, al revisar las actas de dicho coloquio, se distinguen numerosas líneas de fractura entre un ala más intervencionista y progresista de la cual Lippmann y Rougier parecen ser los portavoces y un ala más desconfiada con respecto al Estado y más vinculada a los principios clásicos del liberalismo bien representada por Ludwig von Mises. Para captar de una manera concreta en que consiste el neoliberalismo de Lippmann y Rougier, hay que referirse a su *Agenda* donde estos autores nos indican una serie de reformas que esperan del Estado, lo que basta para mostrarnos hasta qué punto estaban alejados de la posición del viejo liberalismo que le pedía al Estado no hacer nada en el orden económico y limitarse a asegurar el orden y la seguridad. No obstante, Lippmann y Rougier siguen siendo liberales en el sentido amplio del término. Están en el polo opuesto de la economía dirigida o del socialismo porque las medidas que demandan tomar al Estado están completamente inspiradas por la preocupación de hacer reinar la libertad económica y no reemplazarla por una organización autoritaria y una economía planificada. Lippmann y Rougier proponen en su *Agenda* para la reinención del liberalismo acciones a nivel de la producción, el intercambio y la moneda (Pirou G., 1939: 38-46). A nivel de la *producción*, la característica del neoliberalismo es su hostilidad con respecto a la sociedad anónima por acciones. Lippmann y Rougier subrayan con insistencia los vicios. A la sociedad anónima le reprochan, sobre todo, haber dissociado la propiedad y la gestión y haber permitido a los administradores, gracias a todo tipo de artificios, despojar a los accionistas de la parte substancial de los beneficios. Según ellos, el inconveniente llega al máximo cuando se crean *holdings*, es decir, sociedades cuya actividad se aplica no a la gestión directa de un negocio, sino al manejo de una cartera compuesta de diversas acciones. Lippmann y Rougier ven igualmente de un mal ojo la práctica de la integración industrial porque –según ellos– por ese medio se llegan a crear vastos conjuntos industriales al interior de los cuales la ley del mercado está excluida. Los diversos compartimentos del conjunto se remiten unos a otros mercancías a precios fijados por la dirección superior y no por el juego de un intercambio libre. Aquí, se ve reaparecer la preocupación dominante de los neoliberales de combatir en las formas recientes del capitalismo lo que lo aleja de las condiciones iniciales de competencia y libertad que rodeaban su auge en el siglo XIX. Lo que les

<sup>6</sup> Lippmann explica en *La Cité libre* (pp. 335-336) que los funcionarios públicos están ahí para hacer respetar el Código de circulación, no para decir adonde hay que ir.



**En la economía moderna, el comprador no es capaz de juzgar la calidad técnica de las mercancías que le ofrecen**

parece más peligroso en estas nuevas modalidades de los grandes negocios es que son ya una prefiguración de una gestión colectivista y planificada. Frente a esta situación, Lippmann y Rougier no vacilan en preconizar una intervención de los poderes públicos que prohibiría de una manera absoluta ciertas formas de empresas o ciertos métodos de gestión. Por ejemplo, querían prohibir el autofinanciamiento, es decir, obligar a las sociedades a distribuir todos sus beneficios (más allá al menos de lo que es necesario para la amortización y las reservas de operación). El autofinanciamiento les parece tener el inconveniente mayor de sustraer los capitales a la ley del mercado y al juego de la competencia y de conducir a sobre-capitalizaciones, fuente de desequilibrios, que no se producirían si las sumas cobradas por la empresa fueran distribuidas en salarios a los obreros y en dividendos a los accionistas, aumentando así la capacidad de compra de unos y otros. A nivel del *intercambio*, la doctrina Lippmann propone un conjunto de medidas reglamentarias por lo que toca a las condiciones del intercambio y a la *policía* de los mercados. En la economía moderna, el comprador no es capaz, según Lippmann, de juzgar la calidad técnica de las mercancías que le ofrecen. Tampoco están en medida de verificar, en el momento de la compra, si estas mercancías están conformes a lo que anuncia la publicidad. Es entonces necesario que los poderes públicos lo protejan, que castiguen al vendedor cuando le da a sus mercancías una presentación engañosa o cuando le pone la misma etiqueta a mercancías de calidad diferente, etc. Incluso, el Estado debe alentar y ayudar a organizar ciertas categorías de vendedores: los campesinos y los obreros que están obligados por la naturaleza de lo que ofrecen, a vender inmediatamente y a cualquier precio, sin conocer la situación real de la oferta y la demanda. Según Lippmann, el Estado liberal, no debe permanecer neutro entre los que no tienen posibilidad de comerciar y los que pueden hacerlo demasiado fácilmente. En consecuencia, el Estado no saldrá de su papel y por el contrario cumplirá su función, cuando ayuda a las cooperativas de producción y de consumo. Es a nivel de la *moneda* y en particular de la política monetaria donde se encuentra la parte más sorprendente del programa neoliberal de Lippmann. Generalmente, los liberales repudian de manera enérgica las manipulaciones monetarias. La moneda dirigida les parece la forma más típica y más peligrosa de las prácticas de economía dirigida contra las cuales se pronunciaban. Deliberadamente, por lo contrario, Lippmann se pronunciaba en favor de la moneda dirigida. Para él, el Estado debe asegurar la lealtad de transacciones económicas. Cuando estas transacciones no se hacen al contado y que un intervalo más o menos largo separa la prestación provista por uno de los contratantes de la contraprestación que le será dada a cambio, la transacción solo será correcta si el patrón de medida de los valores no ha cambiado entre el momento en que se entabla la operación y el momento en que se ejecuta. Para ello se requiere que la moneda sea *neutra*. Ahora bien, Lippmann considera que la moneda de oro dejada a sí misma no cumple esta condición y que las fluctuaciones en el ritmo de crecimiento del stock de oro imprimen a la moneda variaciones de poder de compra, tanto en un sentido como en otro, lo que vicia las transacciones de cierta duración. En consecuencia, Lippmann considera no ser de ninguna manera infiel a la doctrina neoliberal, sino por el contrario permanecer

**La Agenda del neoliberalismo está guiada por la necesidad de una adaptación permanente de los hombres y las instituciones a un orden económico intrínsecamente variable, fundamentado en una competencia generalizada y sin tregua**

en la línea lógica de su desarrollo, aprobando las manipulaciones monetarias, en la medida, claro está, que apunten a mantener tan constante como sea posible el poder de compra de la moneda en el transcurso del tiempo (Pirou, G., 1939: 58-59).<sup>7</sup> Algunas palabras sobre el punto de vista *fiscal* de Lippmann, terminarán de mostrar hasta qué punto su doctrina está en ciertos aspectos alejada del conservatismo de los antiguos liberales. Al final de su *Agenda* neoliberal, Lippmann enumera la serie de gastos que para ejecutar su programa, el Estado debe emprender. Preguntándose donde el Estado podrá procurarse los recursos que permitirán hacerlo, propone recurrir a impuestos de sucesión muy elevados y a un impuesto sobre el ingreso rápidamente progresivo. Lippmann no disimula que esta política fiscal podrá parecer cercana a lo que preconizan los partidos intervencionistas o socialistas cuando ven en el impuesto un medio de nivelar los ingresos. Sin embargo, entre ellos y él subsiste una diferencia fundamental. La igualación de los ingresos, gracias al impuesto, le parece en sí una buena cosa, con la condición de que los impuestos extraídos a los ricos no sean destinados a dar limosna sino a reformar la situación que crea los pobres. Entre otras cosas, el buen funcionamiento de la economía requiere que el dinero del Estado se destine a combatir el monopolio y a favorecer la competencia.

La palabra importante en la reflexión de Lippmann y Rougier es la *adaptación* (Dardot P./Christian Laval, 2010: 175-176). La *Agenda* del neoliberalismo está guiada por la necesidad de una adaptación permanente de los hombres y las instituciones a un orden económico intrínsecamente variable, fundamentado en una competencia generalizada y sin tregua. La política neoliberal es requerida para favorecer este funcionamiento atacándose a los privilegios, a los monopolios y a las rentas. Apunta a crear y mantener las condiciones de funcionamiento del sistema competitivo. A la revolución permanente de los métodos y estructuras de producción debe igualmente responder la adaptación permanente de los modos de vida y de las mentalidades, lo que obliga a una intervención permanente del poder público. Esto que habían comprendido bien los primeros neoliberales, inspirados por la necesidad de reformas sociales y políticas, lo habían olvidado los *últimos neoliberales* más preocupados por el conservatismo que por la adaptación. El neoliberalismo reposa sobre la doble constatación de que el capitalismo ha abierto un periodo de revolución permanente en el orden económico pero que los hombres no están espontáneamente adaptados a este orden de mercado cambiante ya que fueron formados en otro mundo. Es la justificación de una política que debe apuntar a la vida individual y social entera

<sup>7</sup> Por lo que toca a la moneda, no parece que los liberales franceses estuvieron dispuestos a adoptar los puntos de vista que Lippmann defendió en *The Good Society*. Resulta muy significativo que en las actas del coloquio no se hace ninguna referencia a la parte monetaria del programa de Lippmann. Esto se explica aparentemente por la imposibilidad de realizar la armonía entre los partidarios de las manipulaciones monetarias tendientes a volver la moneda neutra y los adversarios de cualquier intervención del Estado en esta materia, como fue el caso de Jacques Rueff y Louis Baudin, participantes en el Coloquio Lippmann. Se puede considerar que este fragmento de la doctrina inicial de Lippmann, a la cual suscribía Louis Rougier, no fue insertada en la carta del movimiento.

como lo señalarán, después de Lippmann, los ordo-liberales alemanes. Esta política de adaptación del orden social a la división del trabajo es una tarea inmensa que para Lippmann consiste en “dar a la humanidad un nuevo tipo de vida” (Lippmann, W., 1938: 272). Para los neoliberales, la cuestión del arte de gobernar es central. Los colectivistas y los *laisser-fairistes* se equivocan por razones contrarias sobre lo que debe ser el orden político correspondiente a un sistema de división del trabajo e intercambio. Unos quieren administrar todas las relaciones de los hombres entre ellos, los otros piensan que estas relaciones son libres de manera natural. La democracia, según Lippmann, es el reino de la ley para todos, es el gobierno por la ley común hecha por los hombres:

En una sociedad libre, el Estado no administra los negocios de los hombres. Administra la justicia entre los hombres quienes se ocupan ellos mismos de sus propios negocios (Lippmann, W., 1938: 318).

El gobierno liberal por la ley común,

es el control social ejercido no por una autoridad superior que da órdenes, sino por una ley común que define los derechos y los deberes recíprocos de las personas y las invita a hacer aplicar la ley sometiendo su caso a un tribunal (Lippmann, W., 1938: 316).

El punto esencial en Lippmann es sin duda que no se pueden pensar independientemente la economía y el sistema normativo. Su implicación recíproca parte de la consideración de la interdependencia generalizada de los intereses en la sociedad civil. El descubrimiento progresivo de los principios de derecho es, a la vez, el producto y el factor de esta *gran asociación* en la cual cada uno está vinculado a los otros para la satisfacción de su interés:

Los hombres que se volvieron dependientes unos de otros gracias al intercambio de trabajo especializado en mercados cada vez más extendidos se dieron como armadura jurídica un método de control social que consiste en definir, en juzgar y en enmendar derechos y obligaciones recíprocas, y no en ordenar por decreto (Lippmann, W., 1938: 385).

Para Lippmann, el colectivismo se distingue del Estado fuerte liberal. Los colectivistas se hacen ilusiones sobre la capacidad que tienen para controlar el conjunto de las relaciones económicas en una sociedad tan diferenciada como la sociedad moderna. La experiencia de la Primera Guerra Mundial y después la revolución de 1917 hicieron creer en la posibilidad de una gestión directa y total de las relaciones económicas. Sin embargo, los hombres no pueden dirigir el orden social debido a la complejidad y al enmarañamiento de los intereses:

Mientras más los intereses por dirigir son complejos, menos es posible dirigirlos por medio de la restricción ejercida por una autoridad superior (Lippmann, W., 1938: 57).

La autoridad deberá satisfacerse con ser la garante de una ley común que gobernará indirectamente los intereses. Solo un Estado fuerte será capaz de hacer respetar esta ley común. Según Lippmann, hay que acabar con la ilusión de un poder gubernamental débil que se propagó durante el siglo XIX. Esta gran creencia liberal en el Estado discreto y superfluo ya no opera desde 1914 y 1917. Esta tesis del Estado fuerte lleva a los neoliberales a reconsiderar lo que se entiende por democracia y más particularmente por *soberanía del pueblo*. Para Rougier, el Estado fuerte sólo puede ser gobernado por una elite competente, cuyas cualidades son la exacta oposición de la mentalidad mágica e impaciente de las masas:

Se necesita que las democracias se reformen constitucionalmente de manera que aquellos a quienes se les confían las responsabilidades del poder se consideren no como los representantes de los intereses económicos y de los apetitos populares, sino como los garantes del interés general contra los intereses particulares; no como los instigadores de aumentos de promesas electorales, sino como los moderadores de las reivindicaciones sindicales; dándose por tarea hacer respetar todas las reglas comunes de las competencias individuales y de los convenios colectivos; impidiendo que minorías activas o mayorías iluminadas no desvirtúen en su favor la lealtad del combate que debe asegurar para el beneficio de todos la selección de las elites. Es necesario que inculquen a las masas, por la voz de nuevos maestros, el honor de colaborar en una obra común (Rougier, L.,: 18-19).

Como vemos, el neoliberalismo de Lippmann y Rougier es profundamente diferente del liberalismo tradicional. Se trata de un liberalismo intervencionista modernizado, más humano, consciente de las tareas que se imponen al Estado en las condiciones de hecho creadas por el gran capitalismo y la democracia. Dicho liberalismo sería susceptible de reclutar adeptos en los medios populares que se habrían alejado del viejo liberalismo debido a su inadaptación al mundo moderno, su desconocimiento de las exigencias nacionales y su ausencia de sensibilidad social. Este nuevo liberalismo (neoliberalismo) rejuvenecido y ampliado recobraría así la posibilidad de ejercer sobre la evolución de las sociedades la acción que tuvo a finales del siglo XVIII y principios del XIX, y que posteriormente perdió. Pero la dificultad a la cual se corre el riesgo de enfrentarse –y que ya brota en el libro de Lippmann– es la fijación de la línea fronteriza que separaría este liberalismo social del intervencionismo y del socialismo. Así como la demarcación era fácil cuando se trataba de las posiciones estrechas y rígidas del viejo liberalismo, se vuelve vaga el día en que se considera como compatible con la doctrina liberal un programa de acción positiva del Estado en el orden económico y una subordinación de las preocupaciones de utilidad y de riqueza a inquietudes de poder nacional o justicia social (Pirou, G., 1939: 62-64).

Colocada bajo los auspicios del nuevo liberalismo que Lippmann y Rougier desean –más que todo en sus alocuciones preliminares–, la discusión en el Coloquio Lippmann no logró un consenso. No es seguro que todo el mundo apruebe a Robert Marjolin cuando veía en el liberalismo “una ideología al igual que el fascismo o el comunismo” (Solchany, J., 2015: 240). Así es que varias personalidades –algunas

de primer nivel intelectual y científico–, manifestaron profundas diferencias en torno al caos del capitalismo y las causas de la crisis de 1929 (Rougier, Lippmann; Dardot P., Laval, Ch. 2010: 162-163)<sup>8</sup> el papel del Estado, las concentraciones industriales (Pirou, G., 1939: 59-61)<sup>9</sup> la cuestión de los monopolios (Commun, P., 2016: 160)<sup>10</sup> la demanda de protección social por parte de las clases populares *adaptación* (Dardot

- 
- <sup>8</sup> Dos interpretaciones radicalmente opuestas del caos del capitalismo se enfrentaron durante el Coloquio Lippmann. De una manera más general dichas interpretaciones dividieron en esta época los medios liberales Europeos. Para unos, claro está, la doctrina del *laissez-faire* debería ser renovada pero sobre todo ser defendida contra todos los que recomiendan la injerencia estatal. Entre estos últimos, destacan Lionel Robbins en Inglaterra, Jacques Rueff en Francia y los austriacos, von Mises y Hayek. Para los otros, el liberalismo debería ser refundado de manera completa y favorecer lo que ya denominaba el ordo-liberal A. von Rüstow un “intervencionismo liberal”. Las divergencias sobre los análisis de la gran crisis son particularmente significativas entre estas dos opciones posibles. Para los primeros, los factores principales del caos deben buscarse en la traición progresiva de los principios del liberalismo clásico (Robbins, Rueff, Hayek, von Mises); para los otros las causas de la crisis deben encontrarse en el mismo liberalismo clásico.
- <sup>9</sup> Por lo que toca a los acuerdos industriales, no parece que los neoliberales compartan todos los mismos puntos de vista. Marlio es claramente favorable. Considera que cuando son libres y no oficiales, sus ventajas superan por mucho a sus inconvenientes y no hacen correr a los consumidores ningún peligro verdadero. Rueff es menos optimista. Parecería que sus actividades como alto funcionario del Estado, le permitieron constatar que una industria concentrada y organizada en forma de cartel, hace correr al interés general más riesgos que una industria diseminada y competitiva. Uno y otro están de acuerdo en considerar que en la economía de finales de la década de 1930, bastaría que el Estado se abstuviera de acordar privilegios reglamentarios y aduanales a tal o cual industria para impedir que el monopolio se implante durablemente. Los dos autores representan, en este punto, las tesis tradicionales del liberalismo que ya no parecían adaptadas a la nueva fase del capitalismo. Lippmann tenía una más exacta conciencia de las dificultades del problema cuando sostenía en *The Good Society* que una acción positiva del Estado contra la concentración y el monopolio sería necesaria para restablecer el juego real de la competencia y asegurar la defensa del interés general.
- <sup>10</sup> En tanto que los economistas franceses, en particular, Jacques Rueff y Louis Baudin, valorizaban los aspectos particulares positivos de los carteles y los monopolios, invocando la noción de óptimo económico de concentración, Rüstow señalaba que había que distinguir entre el óptimo de concentración y la concentración como consecuencia de una tendencia monopolista neo-feudal y depredadora del Estado. Para Rüstow la concentración no es una situación provocada por la competencia misma y, por lo tanto, una evolución ineluctable provocada por una debilidad endógena del capitalismo. Es la consecuencia de una debilidad moral e intelectual del Estado que ignora sus deberes de proteger al mercado cuando ve declinar la competencia. Rüstow se opone abiertamente a Mises al que acusa de no querer verdaderamente renovar al liberalismo clásico de Smith y Ricardo. Pero para Mises los monopolios no resultan del libre juego del mercado, sino son más bien la consecuencia de las intervenciones del Estado y de la introducción de medidas proteccionistas que habían dividido al sistema económico en numerosos mercados diferentes donde la producción excede después la demanda. Por lo tanto, si el Estado es responsable de la constitución de grandes unidades de tendencia monopolística, no le da, contrariamente a Rüstow y de una manera general a los futuros ordo-liberales alemanes, ninguna credibilidad para intervenir en el sentido de un restablecimiento de la competencia.

P./Christian Laval, 2010: 164)<sup>11</sup> el estatuto del liberalismo económico, entre otros. Participantes tan diferentes como Augusto Detoef (industrial y ensayista francés, ingeniero de formación, fundador y Director General de Alsthom); Robert Marjolin, Louis Marlio (economista y alto funcionario e industrial francés); Michael Polanyi, están manifiestamente convencidos por diversas razones de que la crisis del liberalismo es muy grave y que una reestructuración profunda se impone sobre todo en el plano social. En particular, Rüstow y Röpke preconizan una reorientación de las ciencias sociales para responder a una crisis multiforme lejos de limitarse a la economía. Otros minoritarios como Ludwig von Mises, Friedrich Hayek y Jacques Rueff bajo formas diferentes están más sobre la línea de un liberalismo clásico, incluso si hay que modificar ciertos puntos (Audier, S., 2013: 473-474).<sup>12</sup> Frente a los ataques de Ludwig von Mises que le reprocha su “espíritu romántico cuando pretende que el campesino está más satisfecho que el obrero”, Rüstow subraya la incapacidad de los “representantes del viejo liberalismo” de seducir todos aquellos que han sido ganados por el bolchevismo, el fascismo y el nacional-socialismo: “¿Sí no han escuchado a Moisés y los profetas –Adam Smith y Ricardo– como creerán en von Mises?” (Solchany, J., 2015: 240 y Dardot P./Christian Laval, 2010: 165).<sup>13</sup>

En 1938 durante el Coloquio Lippmann, Hayek fue un participante entre otros. A pesar de su prestigio científico y de su compromiso ya patente contra el socialismo, permanecía en la sombra de su mentor Mises, ya conocido mundialmente. Sus intervenciones por razones lingüísticas no aparecerán en las actas. Además, él y Mises encarnaban un polo importante pero minoritario aplastado por numerosas figuras entre las que destacaban Alexander Rüstow, Wilhelm Röpke y Walter Lippmann. Hayek estaba lejos de ser el líder intelectual de este coloquio (Audier, S., 2013: 207-208).

Claro está que las discrepancias no siempre son explicitadas tomando en cuenta que para todos los asistentes al coloquio se trata de “rehabilitar una cierta idea del

<sup>11</sup> Al cuestionamiento escéptico de Lippmann con respecto a los beneficios sociales de la libertad del mercado, Rueff responde con la sentencia definitiva: “El sistema liberal permite al sistema económico una flexibilidad que es la única que permite luchar contra la inseguridad”. Por su parte, von Mises recordará con respecto al seguro de desempleo que “el desempleo como fenómeno masivo y durable es la consecuencia de una política que apunta a mantener los salarios a un nivel más elevado que el que resultaría del estado del mercado. El abandono de esta política desembocaría muy rápidamente en una disminución considerable del número de desempleados”.

<sup>12</sup> Por ejemplo se sabe que Rüstow, el gran adversario Mises y Hayek durante el coloquio Lippmann, se había fuertemente preocupado del monopolio en el dominio empresarial en nombre de la defensa de los asalariados. De una manera general, el neoliberalismo alemán que se construyó contra la economía de los cárteles en las décadas de 1920 y 1930, manifestó durante mucho tiempo una aversión hacia los monopolios en el dominio industrial, aversión que no se reencuentra ni en Mises ni en Hayek. Para este último, habría que recordarles a estos “neoliberales”, que creen demostrar su imparcialidad atacando tanto la empresa que goza de un monopolio como atacan los monopolios sindicales, que muchos monopolios de empresa resultan de una mejor productividad, mientras que todo monopolio sindical resulta de una supresión de la competencia.

<sup>13</sup> Con respecto al desacuerdo entre Rüstow y Mises, F. Denord hace el siguiente comentario: “En público, Rüstow respeta las reglas de la conveniencia universitaria pero en privado confiesa a Wilhelm Röpke todo lo mal que piensa de Friedrich Hayek y de Ludwig von Mises: su lugar está en el museo, en el formol. Las gentes de su especie son responsables de la gran crisis del siglo xx”.

liberalismo en un momento en que la democracia liberal en Europa parece condenada casi en todos lados, que los regímenes autoritarios y totalitarios pululan y que la tormenta de la guerra avanza a grandes pasos” (Audier, S., 2013: 155). Sin embargo, Rüstow –figura clave del ordo-liberalismo alemán– sacará a luz la amplitud de las discrepancias que desde su punto de vista atraviesan al conjunto heterogéneo de participantes en el Coloquio Lippmann. Como lo hace saber en 1941 en una correspondencia a su amigo Röpke, para él, Mises no es nada más que un peligroso “paleo-liberal”, uno de los últimos sobrevivientes de esta categoría de liberales que provocaron la catástrofe actual (Audier, S., 2013: 585).<sup>14</sup> Así, se asomaban ya las divergencias que se manifestarán unos años después con la creación de la Sociedad del Mont-Pèlerin donde se reencontrarán Rüstow y Röpke por un lado y Mises y Hayek por el otro” (Audier, S., 2013: 155-156).

En otras palabras, en el Coloquio Lippmann se constata la búsqueda, al menos en algunos neoliberales obsesionados por el peligro totalitario, de una respuesta creíble en términos de eficacia y legitimidad, a la crisis del liberalismo que pasaba –según ellos– por la integración real de una dimensión abiertamente social dando satisfacción a las aspiraciones de las masas populares:

Originalmente –dice Gaétan Pirou– se empleaban fácilmente los términos ‘neoliberalismo’ o ‘liberalismo constructor’. Se marcaba así, la voluntad de poner el acento sobre lo que la doctrina preconizada comportaba de nuevo con respecto al liberalismo tradicional, al manchesterismo, al ‘*laisser-faire, laisser-passer*’. Después se habló de liberalismo *social* o incluso de *izquierda*, queriendo significar con ello que la doctrina liberal, tal y como la entendían no tenía ningún carácter inhumano o anti-democrático y que, muy por el contrario, servía mejor que el corporatismo o el socialismo los intereses bien comprendidos de las masas populares indicando los medios de obtener una elevación de la producción general y del nivel de vida, de la cual las clases laboriosas serían las principales beneficiarias (Pirou, G., 1939: 61).

En particular, es en el neoliberalismo a la Lippmann que Pirou –uno de los principales difusores del término– encontró esfuerzos para producir una doctrina liberal *modernizada*, más humana, consciente de las tareas que se imponen al Estado en las condiciones de hecho creadas por el gran capitalismo y la democracia. El totalitarismo comunista –en la hora de los planes y los procesos estalinistas– así como el fascismo y el nazismo, constituían una advertencia: para estos neoliberales, en este clima tan particular de los años treinta, cuando la búsqueda de una *tercera vía* proliferaba, se necesitaba reconquistar los sectores populares que se habían alejado del viejo liberalismo debido a su inadaptación al mundo moderno, su desconocimiento

<sup>14</sup> Incluso, más de medio siglo más tarde un discípulo y amigo ultra-liberal de Hayek, bien conocido en la Sociedad del Mont-Pèlerin, el filósofo Gerard Radnitzky, recordó en una conferencia en 1995 dedicada a su maestro austriaco que el alemán Rüstow había señalado en tiempos del Coloquio Lippmann que los liberales en el estilo de Mises y Hayek habían sido los grandes responsables de la catástrofe de los años treinta y que debían terminar en un museo, detrás de una vitrina.

de las exigencias nacionales y su ausencia de espíritu social. Sin embargo, Pirou mismo no era un adepto de este neoliberalismo hoy tan mal interpretado. Aún más, no creía para nada en su éxito: más bien previa la victoria del ala más a la derecha del Coloquio Lippmann, encarnada por Mises y Hayek. No se puede decir que la historia lo haya desmentido totalmente (Audier, S., 2013: 187-588). De hecho la mayoría de los participantes al coloquio se pronunció por la expresión *liberalismo renovado*: en su pensamiento, esto parecía traducir la idea de que era menos necesario modificar la tradición liberal tal como los grandes fundadores de la Escuela la habían instaurado que renovarla, eliminando ciertas restricciones y ciertas faltas de sensibilidad de que eran responsables los sucesores de los grandes clásicos.

Si bien se estuvo lejos de suscitar el impulso metodológico e ideológico unitario esperado, el Coloquio Lippmann tuvo un gran impacto. Permitió a los liberales europeos tanto intentar preparar una respuesta coherente a la crítica marxista del capitalismo como colocarse en orden de batalla frente a los proyectos de “tercera vía” encarnada por el “planismo” de la izquierda socialista francesa y británica. El Coloquio Lippmann desembocará en *Camino de servidumbre* publicada por Hayek en 1944 (Guillén Romo, H. 1997: 14-16). Incluso si no son seguidos en todo punto sobre el tema por los liberales franceses y austriacos, los ordo-liberales alemanes salen de este encuentro reforzados en su intención de poner en el corazón de su programa político alternativo al comunismo y al socialismo alemán la cuestión de los monopolios que aparece como una especificidad del ordo-liberalismo alemán.

Sea como sea, gracias al Coloquio Lippmann, en la mente de Hayek comenzó a germinar la idea de reunir al final de la guerra a todos los intelectuales, que como él, seguían creyendo en la economía ortodoxa y se sentían profundamente aislados en medio de la extensa conversión al keynesianismo. Así es que cuando acabó la guerra, el economista austriaco contactó a los asistentes al Coloquio Lippmann y a otros pensadores con ideas afines, para proponerles la realización de un nuevo coloquio. En mayo de 1945, el economista austriaco explica a William Rappard que una organización liberal permitiría:

superar el aislamiento intelectual causado por la guerra y la ignorancia de la mayoría de entre nosotros del trabajo similar y útil hecho en otras partes por personas que trabajan sobre la misma longitud de onda (Solchany, J. 2015: 243).

Esta perspectiva coincide con la de Wilhelm Röpke, también impaciente de poner en orden de batalla a los pensadores que aspiran a refundar el liberalismo. El 2 de enero de 1945, Röpke le escribe a Hayek, tras haber leído *Camino de servidumbre*, para subrayar “el asombroso paralelismo entre sus pensamientos”. El economista alemán considera que sin refundación intelectual e ideológica será difícil e incluso imposible frenar la marcha triunfante del colectivismo y el totalitarismo. En este sentido, los dos economistas están de acuerdo en unir sus fuerzas para, como dice Hayek, constituir “un amplio frente de hombres de buena voluntad” reunidos en una “coordinación internacional” para combatir el “colectivismo, la civilización de masas, la proletarianización, el materialismo y la pérdida de substancia intelectual”. La apertura se limita, sin



embargo, a pensadores que se reconocen en el “humanismo occidental y las fuerzas de la libertad”. El economista austriaco en el otoño de 1946, tras su gira triunfal por Estados Unidos, considera que ha llegado el momento de reunir a los principales representantes del pensamiento (néo) liberal. A finales de diciembre las invitaciones son enviadas. El éxito de la empresa es menos el éxito de Hayek solo que el producto de una movilización colectiva. Hayek no habría logrado nada sin el apoyo de William Rappard y de Wilhelm Röpke (Solchany, J. 2015: 247).

### **La Sociedad del Mont-Pèlerin**

El Coloquio Lippmann concluyó con la declaración de la creación de un Centro internacional de estudios para la renovación del liberalismo cuya sede se instalaría en París, centro que sería concebido como una sociedad intelectual internacional con sesiones regulares en diferentes países. La Segunda Guerra Mundial y la Ocupación decidieron otra cosa. En este sentido, la Sociedad del Mont-Pèlerin [SMP] apareció como una prolongación de la iniciativa de 1938. A inicios de abril de 1947, en plena guerra fría nace de manera confidencial y hasta cierto punto marginal la SMP. Esta institución, que proclama su independencia con respecto a los partidos y un interés exclusivamente científico y doctrinario (White, L. H., 2014: 250),<sup>15</sup> debe su nombre al lugar que la vio nacer: el Mont-Pèlerin, en las orillas del lago de Ginebra cerca de Vevey, Suiza (White, L. H., 2014: 248).<sup>16</sup> Es en el Hotel del Parque, en un lugar paradisíaco con una vista impresionante sobre el lago Léman y los Alpes, donde se reunieron 39 invitados (36 participantes y 3 observadores). Se trataba de “un grupo dispar [...] unido por un sentimiento compartido de aislamiento y persecu-

<sup>15</sup> “La Sociedad Mont-Pèlerin nunca ha publicado tratados o se ha vinculado a ningún partido político, ni ha tratado de influir en la opinión pública o los responsables políticos directamente, sino que ha operado en la primera etapa de la producción intelectual, promoviendo la discusión académica y los contactos entre sus miembros. La tarea de convertir las teorías en documentos de trabajo y propuestas de reforma ha sido responsabilidad de un buen número de *think-tanks* defensores del libre mercado en varios países, muchos de cuyos líderes y economistas han sido miembros de la Sociedad. El *think-tank* de libre mercado más antiguo de Estados Unidos es la Fundación para la Educación Económica, fundada en 1946, que... estuvo representada en la primera reunión de la Sociedad”. Los *think-tanks* son organizaciones que se presentan naturalmente como foros de reflexión pero que deben ser aprehendidos como vectores privilegiados del activismo político de algunos intelectuales que pretenden influenciar el campo económico y político. Se trata de una red poderosa de agrupaciones de intelectuales que en cada país preparan a la opinión pública (pero sobre todo a las elites sociales) a las transformaciones económicas y sociales (las denominadas reformas) que juzgan necesarias. En materia de *think-tanks* Hayek será un pionero habiendo creado en Londres en 1955 el *Institut of Economic Affairs*.

<sup>16</sup> Aunque el programa de actividades pretendía federar, las divergencias en el seno de la Sociedad comenzaron con la cuestión del nombre: “Hayek propuso el nombre de ‘Sociedad Acton-Tocqueville como homenaje a los liberales decimonónicos lord Acton y Alexis de Tocqueville. Algunos participantes en la conferencia propusieron otros nombres (Adam Smith, Edmund Burke), mientras que Friedman era de la opinión de que el nombre de la sociedad debía hacer referencia a sus principios y no a personas concretas. Tras una discusión que no condujo a ninguna parte, el economista alemán Karl Brandt, profesor en la Universidad de Stanford después de huir la Alemania nazi en la década de 1930, propuso el nombre neutro desde el punto de vista geográfico”.

ción” (Wapshott, N., 2013: 239-240). Entre los invitados destacaban Maurice Allais, Aaron Director, Walter Eucken, Milton Friedman, Friedrich Hayek, Frank Knight, Fritz Machlup, Salvador de Madariaga, Ludwig von Mises, Michael Polanyi, Karl Popper, Lionel Robbins, Wilhelm Röpke, George Stigler y Verónica Wedgwood (la única mujer). Entre estos invitados cuatro (Hayek, Friedman, Stigler y Allais) recibieron posteriormente el Premio Nobel de Economía. Entre los invitados que no pudieron asistir al encuentro inaugural pero que se sumaron posteriormente a la Sociedad se distinguen Constantino Bresciani-Turoni, Luigi Einaudi, Eli Heckscher, Walter Lippmann, Friedrich Lutz, Arnold Plant, Charles Rist y Daniel Villey (Dostaler, G., 2001: 21). El criterio de selección de los invitados (Hayek, F., 1944)<sup>17</sup> fue por sus convicciones liberales (Audier, S., 2013: 268)<sup>18</sup> lo que explica la participación de no economistas (historiadores, filósofos y periodistas<sup>19</sup>) y el carácter pluridisciplinario de la Sociedad que se fue atenuando con el tiempo.

Destacado sitio de inmigración y centro intelectual, Suiza ofrecía el cuadro ideal para esta reunión fundadora inaugurada por William Rappard quien subraya la urgencia de la reflexión en una época en que el liberalismo parece cuestionado por el curso de la historia:

El hombre que se ha vuelto su propio dueño desde el advenimiento de la democracia y ha sido físicamente agotado por las fatigas de la guerra de treinta años, reclama la seguridad social y la igualdad más que el progreso económico y la libertad (Solchany, J., 2015: 248).

Frente al colectivismo, Hayek no veía otra solución que contribuir al viraje de la situación política y a un cambio profundo en la correlación de fuerzas en el terreno de las ideas, gracias a un largo trabajo de reconstrucción intelectual. Desconfiando de los partidos políticos y de los políticos, incluso conservadores, cuyas preocupaciones a corto plazo, el pragmatismo y el sentido del compromiso inevitable, le repugnaban, Hayek apostó en los intelectuales para deshacer lo que otros intelectuales habían hecho (White, L. H., 2014: 220-225).<sup>20</sup> Así, en el discurso de apertura del coloquio de

<sup>17</sup> Los gastos de viaje de estos invitados fueron financiados por instituciones suizas y estadounidenses interesadas en divulgar los principios del liberalismo clásico proclamados por Hayek en *Camino de servidumbre*.

<sup>18</sup> Parece ser que la idea de invitar a Maurice Allais y Bertrand de Jouvenel fue apoyada por William Rappard que, por el contrario, sacó de la lista a François Perroux, una de las figuras más heterodoxas del siglo XX, aunque particularmente estimado por Lionel Robbins. Resulta lógico que aunque la presencia de Perroux haya sido en un primer momento considerada, finalmente no se le invitó, ya que su nombre estaba asociado al intervencionismo de tendencia keynesiana en la posguerra en Francia.

<sup>19</sup> Hay que hacer notar la presencia en esta primera reunión de periodistas como Henry Hazlitt de *Newsweek*, John Davenport de *Fortune Magazine*, Cicely Wedgwood de *Time and Tide* y George Révay de *Reader's Digest*. La búsqueda de visibilidad mediática para la difusión de sus ideas fue una de las preocupaciones de la SMP.

<sup>20</sup> Pensaba no sólo en Keynes sino en toda la tradición de intervencionismo reformista representada por la Sociedad Fabiana, un movimiento socialdemócrata encabezado durante varios años por Sidney Webb, Beatrice Webb y George Bernard Shaw.

1947 Hayek llama a refundar el liberalismo en la flama del Coloquio Walter Lippmann exponiendo las razones que lo llevaron a fundar la SMP:

Me parece que un esfuerzo eficaz para formular los principios generales de un orden liberal solo es posible entre un grupo de personas que están de acuerdo en lo fundamental, y entre los que ciertas concepciones básicas no son cuestionadas a cada paso. Pero en este momento no sólo es reducido el número de los que, en distintos países, están de acuerdo sobre lo que me parece son los principios liberales básicos, sino también muy grande la tarea, e igualmente grande la necesidad de apoyarse tanto como sea posible en experiencias acontecidas en situaciones diversas[...]La necesidad de una reunión internacional[...]me parecía evidente, dado el resultado de la guerra [que ha] inevitablemente, y en todos nosotros, dado lugar a un egocentrismo y a una visión nacionalista que no se corresponde con un enfoque verdaderamente liberal de nuestros problemas (Hayek, F., 1967: 149-150).

Las temáticas abordadas fueron amplias con sesiones tales como “Libre empresa u orden competitivo?”, “Historiografía moderna y educación política”, “Problemas y posibilidades de una federación europea”, “Liberalismo y cristianismo”, “Medidas contracíclicas, pleno empleo y reforma monetaria”, “Política salarial y sindicatos”, “Política agrícola”. Más allá, se pretende redactar un itinerario bajo la forma de una *Declaración de objetivos*. Una primera versión es redactada por Friedrich Hayek, Walter Eucken, Harry Gideonse, Henry Hazlitt, Carl Iversen y John Jewkes pero no se llega a un consenso. En el Coloquio se adoptó una segunda versión redactada por Robbins, presentada por Hayek y firmada por todos los participantes excepto Allais (Audier, S., 2013: 600).<sup>21</sup> En dicha declaración en un texto más vago y sin contenido programático se reafirman los principios de la “dignidad humana y la libertad”, “la libertad de pensamiento y de expresión”, el “Estado de derecho”, “la propiedad privada y el libre mercado”, “la división de poderes”, “la paz y la libertad” y “la convivencia internacional” (Solchany, J., 2015: 248-249).

Para Röpke (Solchany, J. 2015: 250-251) el encuentro neoliberal se desarrolló mejor que lo que había esperado. Con respecto al Coloquio Lippmann, el progreso “fue extraordinario”. Claro está que una parte de la concurrencia fue poco receptiva a las preocupaciones extraeconómicas ya defendidas por Röpke y Rüstow en agosto de 1938. El economista alemán no convenció con su perspectiva de una agricultura no sometida a las leyes del mercado. Pero desarrolló ampliamente, con el apoyo de

<sup>21</sup> Allais fue el único que no firmó la *Declaración de objetivos* porque rechazaba la tesis fundamental para Mises, Hayek o Friedman referente a una superioridad, *a priori*, de la propiedad privada sobre la propiedad pública. Este punto fue recordado por Allais hasta el final de su vida. Testimonio de esto es una conversación telefónica que tuvo en 2007 con François Ruffin, en aquel momento colaborador del *Monde Diplomatique*. Persuadido, sobre la base de una cierta literatura, de que Allais no era más que el *alter ego* de Mises, Hayek y Friedman, es decir un simple ultra-liberal, Ruffin cuestionó a Allais sobre su supuesto viraje de 180° del liberalismo al proteccionismo. “Cuando le pregunte sobre su participación en la Sociedad del Mont-Pèlerin se puso de malas. ‘Jamás firme su manifiesto. Sí, yo estuve ahí pero rehusé firmar. Hayek era un loco furioso, un fanático que soñaba con la desaparición del Estado’.

Eucken, su punto de vista sobre la cuestión alemana, abogó en favor de una política drástica combinando descentralización, reforma monetaria y deflación. La acogida calurosa reservada a su amigo de Friburgo lo regocijó, ya que de tiempo atrás se consagró a la reintegración de sus camaradas alemanes a la comunidad intelectual occidental. Sobre todo, Röpke se reconoce plenamente en la visión del mundo del neoliberalismo en gestación, afirmando que los valores “centrales de la civilización están en peligro”, evocando la “crisis de nuestro tiempo” y la necesidad de conocer las causas morales y económicas. Röpke parece persuadido de que la tempestad de ideas sobre las orillas del lago Léman firmó el acta de defunción del viejo liberalismo. Mises habría sido “aislado de una manera casi tragicómica” y Hayek se habría abierto a la reflexión sociológica y cultural sobre la crisis. De hecho, en el Mont-Pèlerin, había consenso alrededor de la idea de que las fuerzas del mercado no bastan para garantizar la libre competencia. Para Röpke, la única inquietud es el porvenir de la joven sociedad: “Queda por verse lo que se va a realizar”. Rápidamente, sus inicios aparecen complicados. Según Albert Hunold, numerosos son los que la consideran como paralizada, En una época en que la distancia ejerce aun su restricción, perennizar el impulso inicial parece un desafío.

El coloquio del 3 al 10 de julio de 1949 en Suiza, en la pequeña ciudad de Seelisberg, fue crucial. Al día siguiente la dinámica neoliberal había sido definitivamente lanzada. Los siguientes coloquios (en Bloemendal en Holanda en septiembre de 1950 (Solchany, J., 2015: 372)<sup>22</sup> en Beauvallon en Provence, en Francia, en septiembre de 1951 (Solchany, J., 2015: 373-373),<sup>23</sup> de nuevo en Seelisberg en 1953, en Venecia en septiembre en 1954, en Berlín Oeste en agosto/septiembre de 1956, de nuevo en Suiza, en Saint-Moritz, en septiembre de 1957 (Solchany, J., 2015: 372-373),<sup>24</sup>

<sup>22</sup> En este coloquio la SMP aborda por primera vez la problemática del desarrollo.

<sup>23</sup> En este coloquio, Röpke participa en la sesión “Liberalismo y países subdesarrollados” que preside William Rappard. El contenido de su intervención es retomado en 1953 en la revista de los ordo-liberales ORDO. Ocho años más tarde, el texto enriquecido con párrafos suplementarios reaparece en el volumen “Ilusión y realidad” dirigido por Albert Hunold. Si bien no es un economista del desarrollo, Röpke es un contribuyente activo a las discusiones precoces en materia de desarrollo. Con su pugnacidad acostumbrada, el economista denuncia una “nueva fórmula mágica”, la del “desarrollo de los países subdesarrollados” que retomaría a su cuenta muchos elementos de la “ideología del pleno empleo”. El recurso a la noción de “países subdesarrollados” no apunta solo a tener cuidado con países “cuya susceptibilidad de ninguna manera está subdesarrollada”. Las naciones más pobres se ven ahora reconocer el derecho de alcanzar a las más ricas. Entre las motivaciones habiendo conducido a hacer del desarrollo una prioridad figura en buen lugar un sentimiento de culpabilidad del mundo occidental. Inversamente, los países subdesarrollados consideran normal beneficiarse del apoyo de los países ricos. Esta lógica sería la transposición a nivel internacional de la argumentación que acompaña a nivel nacional la implementación del Estado-Providencia. En un caso como en el otro, los “desfavorecidos” claman su “derecho a la compensación” y los “privilegiados” son sujetos a un deber de asistencia. Los debates en torno al subdesarrollo reflejarían el nuevo estado de espíritu intervencionista, estatista y colectivista de la posguerra.

<sup>24</sup> En este coloquio durante la sesión “Liberalismo y Colonialismo”, presidida Ludwig von Mises, la colonización es considerada con una gran indulgencia. Para Karl Brand, las colonias beneficiaron de inversiones que aunque minimalistas tuvieron efectos considerables. Brand denuncia

en Princeton en septiembre de 1958 (Solchany, J., 2015: 386),<sup>25</sup> en Oxford en septiembre de 1959, en Cassel en septiembre de 1960 ((Solchany, J., 2015: 374, 378, 380-381)<sup>26</sup> y en Turín en septiembre de 1961 (Solchany, J., 2015: 375)<sup>27</sup> testimonian de un real ascenso del pensamiento neoliberal aunque, hay que reconocerlo, con altos y bajos, así como tensiones internas entre Friedrich Hayek y Wilhelm Röpke. Dichas tensiones resultarían del hecho de que la SMP encarnaría una línea ultra-liberal

---

“una falta de información abismal y las simplificaciones que de ello resultan incluso entre gentes educadas”. Se indigna igualmente de “un sesgo fuertemente pro árabe y anti francés”. Francia tendría en sus colonias administradores, ingenieros, científicos de “muy alto calibre” quienes proveen “un formidable trabajo constructivo”. Pero también los belgas y los portugueses habrían hecho mucho “por la población indígena y su desarrollo”. Por su parte, Edmond Giscard d’Estaing afirmó que “negar el rol civilizador de la colonización sería negar la evidencia”. Finalmente, Arthur A. Shenfield quien presidió la SMP de 1972 a 1974, prefirió invertir la perspectiva: “Es el anti colonialismo y no el colonialismo que es agresivo; y es el anti colonialismo quien es el problema”. La excepción en estos planteamientos favorables al colonialismo provino del ordo liberal Rüstow quien vio en “el imperialismo colonial occidental una mancha sangrienta y vergonzosa en la historia de la humanidad, una cadena ininterrumpida de los crímenes más graves contra la humanidad, una cadena que no se ha quebrado aun en nuestro siglo xx”. Sin embargo, el también ordo liberal Röpke, se pronuncia contra su amigo, tratándolo de “nehrurista obstinado”, reprochándole su “anticolonialismo doctrinario”.

<sup>25</sup> En 1958, como una extensión del Coloquio de Princeton, el mexicano Gustavo R. Velasco, quien oficiaría como vicepresidente de la SMP de 1962 a 1967, organizó en México una conferencia que reunió una docena de miembros de la SMP, entre los cuales destacaban Mises y Hayek para discutir “dos o tres problemas contemporáneos”.

<sup>26</sup> En el coloquio de Cassel, el economista irlandés George Alexander Duncan que se había opuesto en el pasado desde su catedra del Trinity College, a la política proteccionista de Eamon de Valera, presidente de Irlanda, se mostró categórico. No es posible “construyendo presas, ferrocarriles o fábricas” transponer en el espacio de solo cinco, diez o veinte años, el proceso complejo de crecimiento que se extendió sobre doscientos años en los países desarrollados. En este mismo coloquio Alexander Rüstow avanza la idea de un club de países en desarrollo que se comprometerían a respetar los capitales privados. Pero en materia de desarrollo lo más notable en Cassel fue la intervención de Peter T. Bauer conocido crítico de la ortodoxia desarrollista. Primero rechaza la tesis de un “círculo vicioso de la pobreza”. Para él, el África del Oeste y Asia del Sud-Este se desarrollaron rápidamente en los cincuenta o en los sesenta últimos años. Incluso en India los progresos son considerables. A menudo, los problemas provienen más de las consecuencias del crecimiento que del estancamiento. Subrayando la diversidad de situaciones y la debilidad de una concepción cuantitativista del desarrollo fundamentada en un enfoque estadístico cuestionable, Bauer retoma el estribillo de la ayuda al desarrollo nociva porque confortaría el intervencionismo económico de los estados del Tercer-Mundo. Finalmente, Louis Rougier explica la “diferencia de niveles de desarrollo por diferencias de mentalidad... los aborígenes de África Central, Australia y Nueva Guinea no han superado la mentalidad mágica pre lógica”. Para “ayudar eficazmente a los países subdesarrollados”, el Occidente debe primero “convencer a sus dirigentes de que nada puede ser hecho sin un cambio de mentalidad”. En este mismo coloquio, John Davenport, resume el sentimiento dominante en la SMP en materia de colonialismo: “el asalto generalizado contra el colonialismo a, sin duda, ocasionado más daños que cualquier otra cosa en nuestra época”.

<sup>27</sup> En el coloquio de Turín en una sesión titulada “Países occidentales y mundo subdesarrollado”, en la presencia de Gastón Leduc quien presidirá la SMP de 1974 a 1976, Karl Brand aboga en favor de la agricultura que permitiría aprovechar mejor las ventajas comparativas.

fundamentalmente diferente de la más progresista encarnada hasta entonces por Walter Lippmann, Loius Rougier y Wilhelm Röpke. Sin embargo, esta discrepancia no debe ser exagerada ya que Röpke no es menos antiestatista ni repugna menos el Estado-Providencia que lo que lo repugna Hayek. La realidad de las divergencias internas no debe disimular la substancia del consenso anti colectivista que confiere una fuerte cohesión al neoliberalismo (Solchany, J., 2015: 251-270).

Es difícil medir hasta qué punto la aventura institucional que representaba la SMP iba a contracorriente de las tendencias dominantes en el periodo. En efecto, esta fase histórica era *cuasi* unánimemente percibida como la del intervencionismo económico y el ascenso inexorable de los Estados-Providencia en Occidente, bajo formas diferentes según las naciones pero siguiendo una tendencia general que parecía remitir definitivamente al pasado el liberalismo clásico (Galbraith, J.K., 1962: 31).<sup>28</sup> La extrema marginalidad de la SMP, difícil de imaginar retrospectivamente, no duró eternamente. En efecto, la Sociedad comenzó a conquistar a partir de mediados de la década de 1970 una gran reputación internacional a raíz de la obtención del premio Nobel de economía en 1974 y 1976 de Hayek y Friedman, dos de sus miembros más celebres (Audier, S., 2012: 191-193). Esta transformación espectacular corresponderá a una mutación histórica, la de la contrarrevolución liberal de Margaret Thatcher en Gran Bretaña y Ronald Reagan en Estados Unidos y al cuestionamiento creciente de soluciones económicas estatistas e intervencionistas denominadas keynesianas.<sup>29</sup> Al final de su vida Karl Popper, amigo de Keynes y uno de los miembros fundadores de la SMP señaló que dicha Sociedad tenía por función histórica proveer un contrapeso a los numerosos intelectuales que optaron por el socialismo y que su más grande éxito había sido alentar a los que luchaban contra la autoridad preponderante de Keynes y su escuela (Audier, S., 2012: 191-193).

<sup>28</sup> La extrema marginalidad de la SMP llegó a tal grado que a principios de la década de 1960 John Kenneth Galbraith se burlaba de los debates internos de la Sociedad y de su poca influencia: “No mucho tiempo después de la Segunda Guerra Mundial, un número considerable de académicos tremendamente preocupados de Estados Unidos y Europa occidental se reunieron en la cima de una montaña en Suiza para fundar una organización dedicada a la oposición internacional a la planificación. Esta organización nunca tuvo mucha influencia, en parte, según me han dicho, a causa de un cisma ideológico sobre si la flota naval de un país debe ser de titularidad pública o privada, ofrecida en alquiler por el sector privado”.

<sup>29</sup> En la actualidad la SMP, que no dispone de personal permanente ni oficinas, cuenta con más de 500 miembros, celebra un coloquio internacional cada dos años y reuniones regionales entre coloquios. Para ser miembro de la Sociedad, se necesita el haber participado en al menos dos reuniones y ser apadrinado por dos miembros de la Sociedad, de los cuales uno debe tener la misma nacionalidad. Y sobre todo, es requisito indispensable haber aportado una contribución al edificio liberal. Entre sus miembros se cuentan ocho premios Nobel de Economía, además de los cuatro arriba mencionado que asistieron al primer coloquio, hay que agregar a Gary Becker, James M. Buchanan, Ronald Coase y Vernon Smith. Recientemente, la Sociedad aceptó entre sus miembros al Premio Nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa. Aunque la SMP cuenta entre su membresía a varios premios Nobel, es la primera vez que cuenta con un Premio Nobel de literatura entre sus miembros.

**La situación en 1947 es muy diferente a la del Coloquio Lippmann. En esta ocasión Hayek encarna el liderazgo de la renovación liberal, pero no tanto como se pretende. Aunque la SMP se fundó con un apoyo decisivo de los economistas alemanes y suizos la posteridad, a menudo, solo retuvo el nombre de Hayek**

La situación en 1947 es muy diferente a la del Coloquio Lippmann. En esta ocasión Hayek encarna el liderazgo de la renovación liberal,<sup>30</sup> pero no tanto como se pretende. Aunque la SMP se fundó con un apoyo decisivo de los economistas alemanes y suizos (Wilhelm Röpke, Albert Hunold y William Rappard), la posteridad, a menudo, solo retuvo el nombre de Hayek. Aún más, en las evocaciones contemporáneas del nacimiento de la Sociedad, al lado del nombre de Hayek, aparece el de Friedman como si hubiera estado liderando la Sociedad desde 1947 y olvidando que durante más de una década el economista de Chicago desertó sus encuentros. Como Friedman formó parte de las glorias de la SMP en la década de 1970, se presume que así fue desde su origen. Se mantiene en la penumbra que Röpke (inspirador del modelo alemán de “economía social de mercado”) con un perfil económico, político e ideológico completamente diferente de Hayek fue un miembro fundador de la Sociedad muy importante que jugó un papel fundamental impidiendo el predominio del liberalismo hayekiano. Su alianza en función de un objetivo frente a enemigos comunes no debe ocultar las profundas divergencias (Audier, S., 2012: 223-232). Desde sus inicios la Sociedad presentó una evidente heterogeneidad lejos de la imagen de una vanguardia totalmente compacta de *evangelistas del mercado* (Dixon, K., 1998) listos para imponer una ideología monolítica. Las discusiones fueron muy animadas en torno a varios temas: los monopolios, los sindicatos, la distribución del ingreso, el patrón oro, las políticas en materia agrícola, entre otros (Wapshott, N., 2013: 241).<sup>31</sup> No hubo un real consenso entre los que abogaban por una especie de reactivación del libre mercado y los que se manifestaban más bien por un modelo socioeconómico cierto, liberal y anti-socialista, a menudo conservador, pero más preocupado por la solidaridad y la protección social. Entre los dos tipos de posiciones, toda una gama de puntos de vista intermedios o de opiniones singulares se expresaron en un cuadro institucional que pretendía ser una discusión científica abierta y no una oficina de propaganda política. Así, por ejemplo, en el tema de los sindicatos una discrepancia separaba, por un lado, Rappard y Hunold, y, por el otro, Hayek, Mises y Machlup. Los primeros proclamaban una forma de colaboración y de solidaridad entre patrones y asalariados, en un horizonte ciertamente muy conservador de paz social y para evitar el auge del *Welfare State*; los segundos preconizaban políticas mucho más duras de limitación y represión del sindicalismo obrero. En particular, Hayek no proponía la supresión de los sindicatos, sino la supresión de un monopolio de representación que desde su punto de vista constituye una violación flagrante de la regla de derecho (Audier, S., 2012: 232-238).

<sup>30</sup> El economista austriaco nacionalizado británico en 1938 será el primer presidente de la SMP y continuará siéndolo hasta 1960, antes de convertirse en presidente honorario.

<sup>31</sup> Las discusiones eran acaloradas como lo recuerda Friedman: “Nuestras sesiones estaban marcadas por una enérgica controversia”. Obviamente, había discusiones y desacuerdos. Durante una disputa entre Mises, Robbins, Friedman, Stigler y Knight sobre la distribución de la renta, Mises irrumpió en el recinto gritando. ¡Sois un puñado de socialistas!

No hay que perder de vista que toda la familia del nuevo liberalismo alemán (en el momento en que Alemania será el principal país de Europa que abiertamente trazó una vía económica liberal) se reunió en la SMP con, por un lado, los que habían huido del nazismo, como Röpke y Rüstow, y, por el otro, los que habían continuado a trabajar bajo el Tercer Reich y cuyo prestigio se volverá muy grande tras el nazismo y la implementación de la “economía social de mercado”, Eucken y Erhard (White, L. H., 2014: 284).<sup>32</sup> Durante los primeros años de la Sociedad, el enfoque de Röpke, que sedujo incluso a socialistas y hombres de izquierda, atrajo la atención tanto más porque era amigo y cercano consejero de Ludwig Erhard. Ministro de Economía y de Finanzas de Adenauer entre 1949 y 1963 (y sucesor de Adenauer durante tres años), Erhard será considerado como uno de los padres del “milagro económico alemán”. Su nombre está asociado al advenimiento de la economía de mercado en la Alemania de posguerra. Su amigo Röpke que aconsejará también a Adenauer apoyará sistemáticamente sus decisiones. En la medida en que encarnaba la realización concreta de la economía de mercado, cuando Gran Bretaña y Francia eran percibidas como modelos dirigistas e intervencionistas, Erhard era un personaje acogido favorablemente más allá del campo alemán, incluso por el mismo Hayek. Sin embargo, también suscitará una desconfianza ostentada entre los más radicales como Mises que seguramente decían en voz alta lo que los otros murmuraban. Por lo que toca a Eucken la relación con Hayek es también compleja. El viejo profesor que había fundado durante la década de 1930 la Escuela de Friburgo y el ordo liberalismo fue aureolado en el contexto del fin del nazismo y de la conversión progresiva de Alemania a la economía libre.<sup>33</sup> Hayek conocía a Eucken y decía apreciarlo mucho. De hecho, el austriaco tenía mucho más simpatía por el enfoque económico de Eucken que por el liberalismo sociológico de Röpke y de Rüstow. Sin embargo, aunque haciendo el elogio de Eucken por haber trabajado al renacimiento del liberalismo, Hayek en algunas ocasiones tenía tendencia a minimizar el aporte de su colega alemán situándolo como un seguidor de Mises como si fuera su alter ego o su epígono. Ahora bien, Hayek no podía ignorar que esta presentación estaba sesgada, ya que había más que diferencias de matices entre Mises y Eucken e incluso entre el mismo y el economista alemán. Como recordara Röpke, en 1949, en el coloquio en Seelisberg, Suiza, una controversia muy importante opuso a Eucken y Mises con respecto al papel de los monopolios, las misiones que incumben al Estado y el papel de la ley. Dicha controversia fue simbólica de una lucha por las orientaciones que iba a seguir la SMP entre las diferentes vertientes del liberalismo (Audier, S., 2012: 252-255).

<sup>32</sup> Ludwig Erhard se doctoró en Economía en la Universidad de Frankfurt. Su negativa de afiliarse al Partido Nazi le impidió debutar en la vida académica. En lugar de ello se incorporó a un instituto de investigación en Nuremberg donde comenzó a publicar. Siendo amigo del economista y sociólogo liberal Rüstow, comenzó a interesarse en los trabajos de Eucken y Röpke que circulaban en copias clandestinas. En 1942 sale del instituto tras una disputa ideológica con su director defensor de los nazis y de la cartelización.

<sup>33</sup> La Escuela de Friburgo dejó de ser influyente en Alemania durante la década de 1960 eclipsada por el auge del Keynesianismo. Sin embargo, el interés por dicha escuela reapareció en los años setenta y ochenta del siglo pasado con la aparición de la Escuela de la Elección Pública y de la nueva economía institucional cuya problemática coincide mucho con la del ordo-liberalismo.



Para Hayek, en lugar de perderse en los detalles técnicos, los intelectuales socialistas satisficieron un “deseo legítimo” de comprender los fundamentos racionales del orden social para construir una nueva sociedad. Frente a esta actitud conquistadora, los “liberales del viejo estilo”, deplora Hayek han sido impotentes: dejaron difundir los principios socialistas que minan los fundamentos de una sociedad libre. El tiempo llegó para los liberales de una contraofensiva masiva e intransigente: les falta aún “una utopía liberal”, un programa que no exprese ni una defensa del orden instituido, ni un socialismo moderado, pero que vehicule un verdadero “radicalismo liberal” emancipado de los intereses en presencia o del horizonte pragmático de lo realizable. Para Hayek, el liberalismo debe así aprender del socialismo que el valor de la utopía permitió volver posible, a largo plazo, lo que parecía imposible. En palabras de Hayek:

La principal conclusión que el verdadero liberal debe sacar del éxito de los socialistas es que fue su valor a la hora de ser utópicos lo que les granjeó el apoyo de los intelectuales y, por lo tanto, una influencia en la opinión pública que está haciendo posible todos los días lo que hasta hace poco parecía imposible [...] Una vez más debemos hacer de la construcción de una sociedad libre una aventura intelectual, un acto de valentía. Lo que nos falta es una utopía liberal, un programa que no parezca ni una mera defensa de las cosas como son ni un socialismo aguado, sino un radicalismo verdaderamente liberal que no evite las susceptibilidades de los poderosos [...] que no sea demasiado práctico y que no se limite a lo que hoy nos parece políticamente posible (Hayek, F., 1969: 190-191).

Cabe recordar que tras el coloquio inaugural de Vevey, la SMP fue registrada en Illinois como una *General Non Profit Corporation*. Dos instituciones jugaron un papel capital en el devenir americano de la Sociedad: el *Volker Fund* y la *Foundation for Economic Education*. Ciertamente, estas instituciones no tenían necesariamente en todos los temas la misma visión que Hayek, pero contribuirán fuertemente a las orientaciones de la Sociedad en el sentido de una apología sin matices del libre mercado. Y Hayek, al lado de Mises jugó un papel capital en esta radicalización vinculada al peso de estas instituciones. De golpe la SMP dependió del apoyo financiero americano y en particular del Volker Fund. Ahora bien, si estas instituciones estaban dispuestas a pagar sumas considerables no era por el gusto desinteresado por las libres discusiones académicas sobre la filosofía de la libertad sino porque tenían que emprender un combate. Una de las grandes novedades de la SMP con respecto al Coloquio Lippmann, fue la influencia que tuvieron de entrada las instituciones patronales de promoción de la libre empresa y de un liberalismo extremo (Audier, S., 2012: 288-291).

La novedad del primer Coloquio de la SMP en 1947 con respecto al Coloquio Lippmann fue también la entrada con fuerza de la Escuela de Chicago debido a los estrechos vínculos de Hayek con Henry C. Simons y con Aaron Director. Sin embargo, la Escuela de Chicago en 1947 no tiene la misma composición ni la misma orientación que tuvo a partir de la década de 1970 (Audier, S., 2012: 305-308).

**La novedad del primer Coloquio de la SMP en 1947 con respecto al Coloquio Lippmann fue también la entrada con fuerza de la Escuela de Chicago debido a los estrechos vínculos de Hayek con Henry C. Simons y con Aaron Director**

Podemos incluso ir más lejos diciendo que bajo la denominación Escuela de Chicago se entiende otra cosa que lo que se entendió más tarde. Por ejemplo, Milton Friedman, el economista más célebre de esta Escuela, no era aún el líder de la revolución liberal de los setenta. Ni siquiera era el economista más importante de la Escuela de Chicago, dominada por figuras como Frank Knight y Henry C. Simons (quien murió antes de la creación de la SMP), muy respetados desde la década de 1930. Knight, bien conocido por sus investigaciones sobre la incertidumbre, lejos de ser un apóstol ultraliberal del mercado anticipó algunas críticas al liberalismo. Es evidente que el liberalismo de Knight era profundamente diferente del de Mises y Hayek, o del que será el de Friedman. En la década de 1960 lanzará incluso muy vivos ataques contra los extremistas del *laissez-faire* y del individualismo, es decir, como lo precisa el mismo contra sus *amigos* de la SMP. Muy alejado de lo que será la metodología positiva de Friedman, desarrolló un pensamiento que subraya el pluralismo de los valores y las elecciones, subvirtiendo profundamente el modelo del *homo oeconomicus*. Sus posiciones no tienen nada que ver con el fundamentalismo de mercado que inundará

**A finales de los años cincuenta y principios de los sesenta Friedman comenzó a jugar un papel crucial en la Sociedad justo en el momento en que esta atravesará su más grave crisis que conducirá a la desertión de una parte de los suizos y los alemanes**

el mundo a partir de los años setenta del siglo pasado. De hecho sus posiciones manifiestamente suscitaban desconfianza entre los libertarios de la *Fundation for Economic Education*, muy activos en la SMP.

El joven Friedman (34 años) asistirá al primer coloquio de la SMP en lo que será su primer viaje a Europa (Friedman, M. y Rose Friedman, 1998: 159)<sup>34</sup> Hayek decide invitarlo a sugerencia de Director cuñado de Friedman. Pero el joven economista de Chicago que no conocía bien a Hayek no tuvo ningún papel importante ni en el plano organizacional ni ideológico (Audier, S., 2012: 310-313). Más tarde considerará que el encuentro del Mont-Pèlerin tendrá una influencia muy importante por su interés por las cuestiones más directamente políticas y por su apoyo a una línea doctrinal abiertamente liberal. Sin embargo, no hay que sobreestimar su compromiso al lado de Hayek en los años cincuenta: estará casi ausente durante cerca de diez años en los coloquios de la Sociedad, lo que parecen ignorar quienes no cesan de repetir que fue el alma del movimiento. Es, sobre todo, a finales de los años cincuenta y principios de los sesenta que tanto en el plano institucional como doctrinal que Friedman comenzará a jugar un papel crucial en la Sociedad justo en el momento en que esta atravesará su más grave crisis que conducirá a la desertión de una parte de los suizos y los alemanes. Además, si defenderá también un liberalismo intransigente e incluso extremista será sobre bases epistemológicas diferentes a las de Mises y Hayek. Si Friedman comparte ciertos

<sup>34</sup> Con respecto a su participación en este primer coloquio, Friedman explicó: “allí estaba yo, un joven estadounidense *naif* y provinciano, conociendo a gente de todo el mundo, que compartía los mismos principios liberales que nosotros; todos asediados en sus propios países, entre ellos algunos investigadores, algunos internacionalmente famosos, otros destinados a serlo; haciendo amistades que han enriquecido nuestras vidas, y participando en la creación de una sociedad que ha desempeñado un papel importante en la preservación y el fortalecimiento de las ideas liberales”.

combates de los economistas austriacos, se distingue intelectualmente por su adopción de métodos positivistas de análisis, su reemplazo de la incertidud indeterminada a la Knigth por el riesgo determinado y su reinterpretación de la teoría cuantitativa de la moneda. Tras el coloquio del Mont-Pèlerin, Friedman publica en 1948: *A Monetary and Fiscal Framework for Economic Stability*, que marca su compromiso en favor del libre mercado y una de las primeras formulaciones notables de su visión monetarista, en el mismo momento en que las agencias gubernamentales adoptan enfoques mucho más intervencionistas que los preconizados en la década de 1930 por Simons. A partir de los años sesenta del siglo pasado, Friedman optará por tesis mucho más radicales contra el intervencionismo.

En los años cincuenta y sesenta se asistirá a una radicalización de la organización de Hayek, en parte explicada por los vínculos cada vez más estrechos con el polo más liberal de los libertarios (Murray Rothbard) y con los círculos patronales americanos anti-*New Deal* (Audier, S., 2012: 320-322). Se puede incluso afirmar que la SMP se americaniza a tal grado que su líder de hecho, Hayek, se vuelve una figura universitaria e ideológica americana. Este último deja en 1950 la *London School of Economics* para ir a la Universidad de Chicago donde enseñó durante doce años. Entre los factores que pesaron en su exilio hacia Estados Unidos está el gran éxito que tuvo en este país *Camino de servidumbre* que fue para él una agradable sorpresa (Romero Sotelo, 2016: 52-53; Solchany, 2015: 384-386).<sup>35</sup> Aunque hay que precisar,

<sup>35</sup> La versión americana de su libro fue editada por la Universidad de Chicago, universidad que organizó en 1945 una gira de conferencias en varias universidades americanas para popularizar las ideas de su libro. Pero en la década de los cuarenta del siglo XX, los viajes de promoción de las ideas liberales no se limitaron a Estados Unidos. En efecto, en México, Luis Montes de Oca continuó “su tarea de difundir las ideas de los más importantes pensadores liberales mediante la traducción y la publicación de sus obras y el patrocinio de viajes a México. Invitó de este modo, a Ludwig von Mises y Friedrich von Hayek, en un intento de construir una alternativa a la política económica del presidente Manuel Ávila Camacho y para que aportaran ‘orientación económica’ al mundo empresarial mexicano. En 1942 Von Mises hizo su primera visita a México e impartió varias conferencias a diversos grupos empresariales en las ciudades de México y Monterrey. En 1946 realizó una segunda visita [uniéndose a Hayek quien ya se encontraba en el país] invitado por la Asociación de Banqueros y la Asociación Mexicana de Cultura”. Refiriéndose a la estancia en México de Hayek, Don Francisco Zamora profesor de la Escuela Nacional de Economía comenta en *El Universal*, que resulta contradictorio y paradójico que “entre los destacados personajes que lo invitaron figuran muchos, quizá la mayoría, que deben su fortuna y su preminencia social, relativamente recién conquistada, a la intervención antiliberal del Estado mexicano en la actividad productora, gracias a la cual han emergido las situaciones monopolísticas que les han servido para hacerse ricos [Se trata] de un grupo de personas adineradas cuya riqueza emana, en gran número de casos –podría afirmarse que en los principales–, de una política gubernamental que es la negación de los principios del liberalismo”. Francisco Zamora, “Un extraño maridaje económico”, *El Universal*, 27 de julio de 1946. Pero la ofensiva neoliberal no se limitó a la emprendida por Luis Montes de Oca. En 1955, Gustavo R. Velasco, otra figura del neoliberalismo mexicano a quien ya mencionamos anteriormente, invitó a México a Wilhelm Röpke. Para convencerlo de venir a nuestro país le menciona el invierno mexicano, las ruinas de Yucatán y las ciudades coloniales, antes de precisarle que Ludwig von Mises, Henry Hazlitt, John Jewkes, Jacques Rueff, Louis Rougier y Ludwig Albert Hahn ya hicieron el viaje. Durante su estancia financiada por el Ministerio de Relaciones Exteriores de la Alemania del Oeste, el economista

que incluso en Estados Unidos Hayek se enfrentará, como Mises a fuertes obstáculos institucionales (Mises, M., 1976: 75; Romero Sotelo, 2016: 95-96; Simonnot, P., 2003),<sup>36</sup> y será considerado también como un pensador atípico y minoritario. Su entronización académica no resultó fácil. La publicación de *Camino de servidumbre* lo había ampliamente descalificado en el campo científico y resulta significativo que incluso en Chicago no logró la adscripción al departamento de economía: fue nombrado en otro departamento (con financiamiento externo) para ocupar una cátedra de Ciencias Morales y Sociales (Wapshott, N., 2013: 244-245).<sup>37</sup> Durante este periodo, Hayek, reafirma su abandono de la teoría económica pura que comenzó en 1941 con la publicación de *La teoría pura del capital* para dedicarse totalmente al estudio de la filosofía, la política, la psicología, el derecho y la historia de las ideas en el cuadro de un proyecto único para proporcionar fundamentos nuevos (económicos, jurídicos y filosóficos) al liberalismo (Dostaler, G. y Diane Ethier, 1989). Parecería que para Hayek, la batalla por las ideas económicas en el mundo universitario se hubiera vuelto

---

alemán intervino, sobre todo, en el Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas, un *think tank* neoliberal fundado por Velasco. De una manera general se puede decir que, el turismo militante de los neoliberales acentúa su reputación de expertos y le da credibilidad a su crítica del intervencionismo y del colectivismo.

- <sup>36</sup> Mises desembarca en Nueva York, huyendo del nazismo con la ayuda de Louis Rougier, cuando se acerca a los sesenta años. Lo menos que se puede decir es que su acogida en el mundo académico americano fue muy mesurada. La “Escuela Austriaca” es entonces considerada como una pieza de museo. Keynes está en la cima de su gloria y el keynesianismo se está imponiendo en varias partes del mundo. Es sólo gracias a una beca de la Fundación Rockefeller que obtiene un puesto de profesor visitante en el *National Bureau of Economic Research*. La beca dura un año. Se renueva dos veces. En 1943, le hacen comprender que sería bueno que fuera a ejercer su talento en otra parte. Es otra fundación, el Fondo William Volker que financia su puesto de profesor visitante en la Escuela de Graduados de Administración de Empresas de la Universidad de Nueva York donde logra permanecer hasta 1969 gracias al apoyo de otras fundaciones. Todo esto contrasta con la disposición para acogerlo en la academia mexicana donde, según el testimonio de su esposa, Luis Montes de Oca le propuso en 1941 “un puesto de por vida, una casa con jardín, un coche y un chofer, y un sueldo tremendamente alto si aceptaba su propuesta. Pero Lu se negó. Él estaba feliz de venir como invitado, y se mantuvo firme en su decisión de hacer su hogar en Estados Unidos”.
- <sup>37</sup> “Nada habría complacido más a Hayek que trabajar en la Escuela de Economía de la Universidad de Chicago[...] Así que Hayek decidió dirigirse a la Universidad de Chicago, e intentar conseguir un puesto en la Escuela de Economía, donde creía que podía ser bien recibido por estudiosos como Frank Knight y Jacob Viner. La solicitud de Hayek fue acogida con entusiasmo por el presidente de la universidad”. Pero el entusiasmo no era compartido por Friedman quien señaló que “si hubiera buscado por todo el mundo un economista para incorporar a su equipo, su elección no hubiera sido el autor de *Precios y producción*. Más allá del hecho de que la diferencia entre la filosofía de Hayek y la de la Escuela de Chicago era significativa, sus discrepancias a nivel económico no eran menores. Además, en opinión de John Nef presidente del *Chicago’s Committee on Social Thought*, algunos economistas de Chicago consideraban que *Camino de servidumbre* era “un trabajo demasiado popular para ser perpetrado por un investigador respetable. No había problema en tenerlo en Chicago siempre y cuando no se le asociara con los economistas”. Así es que en el otoño de 1950, propuesto por Nef, Hayek se incorporó como profesor de ciencia moral y social del *Committee on Social Thought*, dictando una cátedra financiada parcialmente por la fundación Volcker. A pesar de la afrenta, Hayek aceptó el puesto.

demasiado ingrata por el predominio del keynesianismo y la economía walrasiana, y haya decidido abandonarla. Sin embargo, su batalla la continúa en la SMP que celebra su novena reunión en septiembre de 1958 en Princeton, Nueva Jersey, Estados Unidos. En ese mismo mes un grupo importante de los asistentes a la reunión de la SMP (Mises, Hayek, Bruno Leoni, Albert Hunold, John V. van Sickle, Bernard Pfister, Daniel Villey, W.H. Hutt, Antony Fisher, Ernest Bieri, A.A. Shenfield) viaja a la Ciudad de México para participar en una serie de eventos organizados por el Instituto de Investigaciones Sociales y Económicas (Romero Sotelo, 2016: 214).<sup>38</sup>

En el año 1959 Hayek publica *Los fundamentos de la libertad* señalando en su prefacio que “si la dedicatoria de este libro significara un homenaje más que exteriorizar un objetivo la consagraría a los miembros de la *Mont Pèlerin Society* y de modo singular a sus dos más destacadas personalidades intelectuales: Ludwig von Mises y Frank H. Knight” (Hayek, F., [1959], 1982: 15). Desgraciadamente, para Hayek, las escasas ventas que contrastaban con el gran éxito de *Camino de servidumbre* aparecido en los cuarenta coincidieron con una crisis de la SMP que después de varios años de perder y reducir su membresía, “se vio desgarrada por el faccionalismo, la animosidad personal y unas disputas internas. Los problemas internos, de una institución que Hayek consideraba como suya, le agobiaron tanto que en la reunión de 1960 dimitió como presidente y se negó a asistir a la reunión de 1961” (Wapshott, N., 2013: 252). Como lo recordará, el economista liberal Sergio Ricossa que frecuentó a Hayek en la SMP y coorganizó el tumultuoso coloquio de Turín en 1961, el teórico de la Escuela Austriaca desconfiaba mucho de toda idea de capitalismo social y no compartía de ninguna manera la utopía que cultivaba Röpke de la civilización agraria y de la pequeña empresa familiar, sin hablar del espíritu de solidaridad cristiano. A pesar de eso, Hayek hizo una alianza con esta figura central del liberalismo sociológico que era Röpke –antes de romper con él– como también se alió con Friedman de quien bajo cierto aspecto estaba más cercano. No obstante, no cabe la menor duda de que todos estos liberales compartieron combates comunes que los hicieron reencontrarse al menos parcialmente, lo que no debe impedirnos ver que los paradigmas de la corriente calificada de neoliberal son mucho más heterogéneos que lo que generalmente creen sus adversarios (Audier, S., 2012: 40).

En la década de 1960 Friedman comienza a adquirir una gran notoriedad (Audier, S., 2012: 322-326). Su famoso libro *Capitalismo y libertad* publicado en 1962 (un año antes de la aparición de su estudio más científico: *A Monetary History of the United States*, marca un viraje ideológico (Guillén, H., 1997: 45-72). Dicho libro que hace una apología del capitalismo constituye una etapa decisiva en la ofensiva de un cierto radicalismo liberal: si bien conserva aún algunas pizcas de las enseñanzas de Simons

<sup>38</sup> Según relata la prensa mexicana: “La pregunta que ocupó las dos primeras sesiones del encuentro fue ¿Cuál era el mejor camino que debían seguir los países subdesarrollados?, y se llegó a dos conclusiones: 1) el comunismo no podía ofrecerles nada en concreto y efectivo para lograr el progreso económico- social, y 2) el mejor camino para que una nación subdesarrollada como México, alcanzara el progreso era avanzar por la senda que habían seguido, con bastante éxito, Inglaterra, Francia, Alemania y Estados Unidos; es decir, ‘fomentar el ahorro’, ‘atraer capitales extranjeros’ y sobre todo, ‘trabajar más’”.

cuando evoca la necesidad del Estado como garante de las reglas del mercado, se muestra mucho más intransigente en la apología del capitalismo competitivo que sus viejos maestros de Chicago. Como prueba de esto, recordemos que no suscribe la crítica que hace Simons de los monopolios y su proposición de algunas nacionalizaciones. Incluso en la cuestión social, en particular por lo que toca al salario mínimo, Friedman tiene un enfoque aún más radical que el de Hayek de *Camino de servidumbre*, renovando su actitud de vincular íntimamente capitalismo y libertad. En la SMP, la manera de proceder de Friedman seduce más que la de Mises y Hayek. Esto tiene mucho que ver con las diferencias de fondo entre la Escuela Austriaca y la Escuela de Chicago. En efecto, sobre todo a partir de los años cuarenta los dos austriacos otorgan un papel cada vez más central a un enfoque cada vez filosófico y metodológico, en tanto que Friedman y su escuela privilegian un enfoque estadístico dominante entre los economistas. Las tesis liberales en favor de un Estado muy limitado que Friedman defiende no surgen únicamente de tomar una posición en el campo filosófico y epistemológico: se presentan también como conclusión de un trabajo de depuración de datos estadísticos. En su *A Monetary History of the United States*, Friedman y Schwartz sugerían que la economía de mercado no estaba necesariamente sujeta a crisis del tipo de las experimentadas en la década de 1930, como lo creían por el contrario los keynesianos: la condición suficiente para evitarlas era que las autoridades monetarias no cometieran errores demasiado graves. Apuntando al papel del banco central en la crisis de los treinta del siglo pasado, Friedman acordaba en este trabajo, como en otros, una importancia capital a la política monetaria. Si el “monetarismo” tuvo tanto impacto fue porque aparecía como el resultado de una demostración científica y no de una tesis filosófica.

Durante esta fase (1960-1980), la Escuela de Chicago evolucionará hacia tesis más favorables al libre mercado y cada vez menos orientadas hacia una cierta forma de regulación, a la manera del Simons de los años treinta del siglo pasado (Audier, S., 2012: 326, 362-363). Claro está que la Escuela de Chicago no defenderá generalmente posiciones tan radicales como las de los “libertarios” abiertamente anti-estatales, pero algunas veces se aproximará sensiblemente. Es, sobre todo, a mediados de la década de 1970 con el cambio profundo en la evolución económica y política del mundo –el gran viraje liberal que anuncia parcialmente la futura globalización denominada neoliberal– que la SMP adquiere una auténtica visibilidad a tal grado que algunos le atribuyen un papel en las mutaciones históricas que contribuyeron repentinamente a su gloria. Dos de sus representantes, Hayek en 1974 (Dostaler, G. y Diane Ethier, 1998: 5)<sup>39</sup> y Friedman en 1976 reciben el premio Nobel de economía. Para Hayek se trata del

<sup>39</sup> Hayek comparte el premio con Gunnar Myrdal. Aunque el economista sueco en su juventud se identificó con las ideas de Hayek, sus ideas evolucionaron convirtiéndolo en uno de los mejores exponentes del Estado Benefactor. Si bien esta forma de compartir el premio obedecía a un objetivo de compensación, el resultado es que –como alguien mencionó– ¡la ciencia económica es la única en la que el mismo año se otorga el Premio Nobel a dos autores que dicen exactamente lo opuesto! A Hayek, la obtención del Nobel no le regocija sobremanera. Además de que lo comparte con Myrdal, cuyas tesis son diametralmente opuestas a las suyas considera que este tipo de premios otorga demasiado valor a los economistas.

fin de un largo periodo difícil durante el cual sus ideas, cuando eran mencionadas, era para señalar que habían sido superadas por las de Keynes. Por su parte, Rothbard, el líder libertario, también miembro de la SMP, se felicitaba de que gracias al premio Nobel acordado a Hayek, haya habido un cambio en la correlación de fuerzas en la nebulosa ultraliberal: finalmente se consagraba la “Escuela Austriaca” paradigma rival de la ortodoxia positivista neoclásica durante mucho tiempo dominada por Friedman.

El triunfo tardío de Hayek y de Friedman en el plan ideológico se hace en ruptura con el *viejo* neoliberalismo de la década de 1930 (Audier, S., 2012: 326, 366). Así, por ejemplo, en el coloquio de la SMP organizado en Michigan en 1975 para celebrar al maestro recién novelizado, el viejo Machlup hace un balance muy orientado y troncado de la Sociedad. En efecto, no dice nada acerca de la perspectiva “neoliberal”, “intervencionista” e incluso “social” de Rappard, Hunold y Röpke que habían

**El triunfo tardío en el plan ideológico de Hayek y Friedman se cumple en ruptura con el viejo neoliberalismo de los años treinta del siglo pasado**

formado parte de la Sociedad. Todo se centra en la figura demiúrgica de Hayek como si hubiera sido el único iniciador de la Sociedad. Los nombres de los alemanes, suizos, franceses e italianos son borrados de la fotografía. Un ocultamiento que es muy revelador de las discordias en el seno de la SMP en los años sesenta del siglo pasado. Además, el homenaje a Hayek se hace precisamente en el momento en que Friedman adquiere un gran prestigio, al grado de eclipsar parcialmente a Hayek:

durante la década de 1970 el maestro de Chicago se vuelve el más notable entre los liberales extremos, incluso antes de la obtención del Nobel en 1976. El triunfo tardío en el plan ideológico de Hayek y Friedman se cumple en ruptura con el viejo neoliberalismo de los años treinta del siglo pasado. Que esta palabra cayó en desuso entre los partidarios del nuevo enfoque, lo confirmó el coloquio de la Sociedad realizado en París en 1976. Mientras el maestro de Chicago conquista la gloria con la obtención del Nobel, la mayoría de los conferencistas que celebran el advenimiento de las ideas de la SMP, las de Friedman pero también las de Hayek, hacen alarde de un liberalismo radical sin complejos, atacando la herencia ordo-liberal y la “economía social de mercado”. No solo eso sino que, la SMP se comprometió con la dictadura chilena al organizar su coloquio regional de 1981 en Viña del Mar, estación balnearia chilena. Los conferencistas no solo no cuestionaron la política del gobierno de Pinochet, sino que algunas intervenciones sobre la democracia limitada parecían apoyarla (Dardot P./Christian Laval, 2010:268).<sup>40</sup> Y en 1997, en el cincuenta aniversario de la Sociedad, su nuevo presidente, Edwin Feulner, quien conoció bien a Hayek y Friedman, señalará varias veces su orgullo de que el Chile de los Chicago Boys haya mostrado al mundo entero la vía de la recuperación socioeconómica gracias a un modelo de liberalización y privatización, incluso en el dominio de las pensiones (Audier, S., 2012: 326, 379).

Durante la década de 1980 se ve aumentar dentro de SMP el peso de algunas figuras científicas y doctrinales de primer plano que eclipsan un poco a Hayek (Audier, S., 2012: 326, 381-384). Tal es el caso de James Buchanan, teórico de la “elección pública” y Gary Becker, teórico del “capital humano”, que serán, uno y otro, pre-

<sup>40</sup> En particular, Hayek quien tenía el mérito de la franqueza declaró en 1981 a un periódico chileno “Mi preferencia personal va a una dictadura liberal y no a un gobierno democrático donde el liberalismo está ausente”.

sidentes de la Sociedad. Las numerosas intervenciones de Buchanan y Becker en el cuadro de la Sociedad y en otros lugares contribuirán a sacudir el modelo del *Welfare State*. El triunfo de las ideas dominantes en la SMP es bien reflejado por la lista impresionante de sus miembros laureados del premio Nobel de Economía: después de Hayek y Friedman, será el turno de Stigler (1982), Buchanan (1986), Allais (1988), Coase (1991) y Becker (1992). En estas condiciones, en 1998 con gran pompa se celebró en Suiza el cincuentenario de la Sociedad. El sitio escogido fue obviamente el Mont-Pèlerin, pero en un hotel más grande que el Hotel del Parque, el lujoso Hotel El Mirador. El número de participantes fue más importante que los 39 del coloquio inicial, pero suficientemente restringido para reproducir las condiciones y la atmósfera original. Todas las personalidades que habían asistido al coloquio de 1947 habían fallecido salvo Friedman, Director y Allais, y de estos sólo Friedman estaba presente. En sus *memorias* recuerda que para resituar las razones de la emergencia de la SMP, evocó el contexto de la época. El ascenso de la planificación, las nacionalizaciones y más ampliamente el estatismo: en Gran Bretaña con el gobierno laborista, en Francia con la “planificación indicativa”, en Estados Unidos con el intervencionismo estatal heredado de la economía de guerra y, desde luego, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). El balance de Friedman, cincuenta años después es, cierto, el de una derrota del intervencionismo y de una victoria de los liberales aunque muy parcial y relativa. Para el maestro de Chicago la amenaza en su forma original desapareció. La planificación centralizada fue un fracaso en todas las naciones que habían preservado un amplio espacio de libertad civil. La izquierda cambió de orientación: en lugar de intentar controlar directamente la producción, lo hace indirectamente por medio de la regulación y utilizando el sistema impositivo para redistribuir la producción. En estas condiciones, para Friedman la principal amenaza para la libertad ya no es el socialismo sino el Estado regulador y el *Welfare*. El balance de Friedman es completado por el de Edwin Feulner, Presidente de la SMP en el momento de la celebración del cincuentenario. Dejando de lado la contribución de Röpke, todo el honor de haber fundado la Sociedad es imputada al autor de *Camino de servidumbre* y todo su contenido científico e ideológico reducido a las tesis de la Escuela Austriaca, sobre todo las de Hayek, y a la Escuela de Chicago gracias a numerosas referencias a Friedman. Nada en el balance sobre el ordo-liberalismo alemán como si no hubiera formado parte de la Sociedad, ni sobre los conflictos ideológicos que desgarraron a la Sociedad al punto que casi se disolvió en 1962. Ninguna mención tampoco a la salida estrepitosa de los alemanes con Röpke a la cabeza. En la misma línea que el balance de Friedman, Feulner considera que la SMP no ha ganado totalmente la batalla de las ideas y de las prácticas. En materia de ideas se puede decir que ni el *thatcherismo* ni el *reaganismo* se apoyan únicamente en el trabajo de la Sociedad. Así, Margaret Thatcher se nutre también de ideas conservadoras inglesas y de la posición adoptada por Ronald Reagan, fuera de Hayek y Friedman, tuvo muchas otras influencias, como, por ejemplo, la de Arthur Laffer, líder de la denominada escuela de la oferta y Georges Gilder quien considera que “la pobreza es el agujijón más necesario al éxito de los pobres”. A nivel práctico, se está lejos de haber desmantelado



completamente el *Welfare State* como lo pretendían los liberales del Mont-Pèlerin. Si bien se han logrado muchos avances en ciertos aspectos, para Feulner están lejos de ser satisfactorios, como lo demuestra que el gobierno continúa extendiéndose y volviéndose más grande incluso en las patrias de Thatcher y Reagan.

Los apóstoles del libre mercado, en particular los discípulos de Friedman y Hayek han continuado defendiendo su visión extremista del liberalismo tras la crisis financiera de 2008. Dos expresidentes de la SMP, uno cercano a Friedman y otro más cercano a Hayek han hecho un balance de la crisis que los inmuniza contra cualquier crítica. Para el economista discípulo de Friedman, Antonio Martino, el diagnóstico es simple: la crisis no proviene para nada del mercado sino de un mal pilotaje monetario por parte banco central. Para él, las decisiones de Greenspan fueron ampliamente responsables

**Los apóstoles del libre mercado, en particular los discípulos de Friedman y Hayek han continuado defendiendo su visión extremista del liberalismo tras la crisis financiera de 2008**

de la burbuja inmobiliaria y especulativa en la medida en que este condujo una política monetaria excesivamente expansiva. Para el economista hayekiano y cercano al libertario Rothbard, el francés, Pascal Salin, la causa esencial de la crisis proviene de la extrema variabilidad de la política monetaria americana en los últimos años. Más específicamente sostiene que las verdaderas causas del mal han sido escondidas a la opinión pública: la política monetaria de la FED, la acción de entidades paraestatales, como Fannie Mae y Freddie Mac y la garantía implícita concedida por los gobiernos a las grandes instituciones de crédito “demasiado grandes para quebrar”. Para Salin el drama proviene del

hecho de que el sentido de responsabilidad con respecto a los riesgos se ha debilitado, porque se admite implícitamente que las autoridades públicas no permitirán caídas importantes en caso de dificultades. De ahí que para el expresidente de la SMP sea paradójico y escandaloso que se atribuya la crisis financiera y económica al libre mercado, cuando esta es provocada por una política monetaria mediocre y por un mal pilotaje de parte de los políticos, y, en pocas palabras, por excesivo estatismo. La solución para él se encontraría en regresar al *laissez faire*. O dicho de otra manera, regresar al capitalismo para evitar las crisis. Así, de la más grave crisis financiera desde 1929, que muchos economistas consideran como una crisis de la desregulación a la cual contribuyeron grandes figuras de la SMP (Guillén, H., 2013) el discípulo de Hayek y Rothbard concluye que solo hay una salida posible, el libre mercado y una sola responsabilidad a incriminar, la de los organismos estatales. En pocas palabras, es la culpa del Estado y no del mercado (Audier, S., 2012: 591-592).

En el cincuentenario de la SMP, solo se mantenían con vida tres participantes del coloquio inaugural de 1947: Director, Friedman y Allais. Por el lado de Chicago, se consideraba que la economía mundial en general y americana en particular, eran mucho más estatistas y no demasiado liberalizadas. Hasta su último respiro, Friedman no dejará de ser el apóstol de la libertad económica la más amplia posible sin dejar de invocar la mano invisible del mercado y fustigar el intervencionismo estatal. Sin embargo, en la misma época Allais pensaba otra cosa. Habiendo sobrevivido a Director y Friedman tendrá la posibilidad de referirse al capitalismo de la primera década del siglo XXI, en el cual verá una catastrófica expresión del *laissez-fairismo* liberal que

siempre había combatido. Aquel que fue el único que no firmó en 1947 el manifiesto de la Sociedad, porque rechazaba la tesis tan querida por Mises, Hayek y Friedman, de una superioridad *a priori* de la propiedad privada sobre la propiedad pública, será considerado durante los años cincuenta y sesenta como una figura ejemplar del neoliberalismo a la francesa. En nombre de sus antiguas convicciones que definía como un liberalismo social emitirá un juicio severo sobre la denominada revolución neoliberal. Manteniéndose fiel a sus propias ideas forjadas en los años cincuenta, el premio Nobel francés evolucionara cada vez más hacia una crítica radical de la desregulación y del librecambio generalizado. Para él, la causa de la expansión del desempleo masivo de los años cincuenta y sesenta no era otra que “la liberalización mundial de los intercambios en un mundo caracterizado por considerables disparidades de salarios reales y las relocalizaciones que originan” (Allais, M., 2002: 50). En el fondo, el liberal Allais dudaba mucho del dogma de las virtudes incondicionales del librecambio. Para él, incluso si podía haber algunas veces ventajas relativas por seguir estas políticas económicas, resultaba contra indicado dejar establecer las especializaciones originadas por una política generalizada de librecambio. Considerando que los aduladores de la liberalización mundial de los intercambios desarrollaban una teoría simplista, peligrosa y falsa, Allais preconizaba ciertas formas de proteccionismo, en particular a nivel europeo. Anticipando las críticas, el economista francés afirmaba que los adversarios de toda forma de proteccionismo cometían el error de ignorar que una economía de mercado “solo puede funcionar correctamente en un marco institucional, político y ético que asegure la estabilidad y la regulación”. (Allais, M., 2002: 604). En estas condiciones no debe sorprender que el ultra-liberal Salin sospeche que el Premio Nobel no sea un auténtico liberal (Audier, S., 2012: 600-601).

## Conclusión

Desde su nacimiento en los años 1930, el neoliberalismo introdujo una distancia y hasta una franca ruptura con la versión dogmática del liberalismo que se impuso en el siglo XIX. La gravedad de la crisis de este dogmatismo empujaba a una revisión explícita del viejo *laissez-faire*. La tarea de una refundación intelectual no condujo a una doctrina enteramente unificada. Dos grandes corrientes se hacen notar desde el Coloquio Walter Lippmann de 1938: la corriente del ordo-liberalismo alemán principalmente representada por Walter Eucken y Wilhelm Röpke y la corriente austriaca representada por Ludwig von Mises y Friedrich Hayek. Las divergencias en el seno del Coloquio Lippmann y los desgarramientos en la SMP, no pueden ser relativizados o reducidos a banales luchas de poder. En la nebulosa calificada de *neoliberal*, los modelos epistemológicos, las concepciones filosóficas o incluso las opciones programáticas se enfrentan. Varias visiones del mercado, del papel del Estado, del derecho y de la moral coexistieron en la SMP. Sin embargo, si bien el neoliberalismo no es un bloque monolítico manifiesta igualmente cierta constancia o identidad, más allá de las épocas y las escuelas, como el anti-estatismo que constituye el núcleo duro del discurso neoliberal contemporáneo. La dominación del discurso que reclama aparentemente menos

Estado se explica –entre otras cosas– por una empresa consciente y planificada de difusión de consignas liberales. Existe una ideología, un movimiento, una nebulosa de prestigiados pensadores, de intelectuales orgánicos, periodistas, *think tanks*, sitios de Internet, publicaciones destinados a la popularización de las ideas neoliberales. Sin embargo, la idea de que las reglas son necesarias al buen funcionamiento de la competencia está precisamente en el corazón del neoliberalismo. De una manera más general, el Estado no llega después del mercado, simplemente porque el Estado en realidad siempre ha estado ahí, no ha cesado un instante de existir, como Marx lo había subrayado en su tiempo, el Estado es una palanca poderosa destinada a quebrar los obstáculos de toda naturaleza al proceso de acumulación de capital. Una de las grandes novedades del neoliberalismo es que no considera un ilusorio regreso al estado natural del mercado, sino la implementación jurídica y política de un orden mundial de mercado cuya lógica implica no la abolición sino la transformación de los modos de acción y de las instituciones públicas en todos los países. El juego de manos ideológico que hace “desaparecer al Estado” de la escena marca sobre todo su transformación efectiva en una especie de “gran empresa”, enteramente plegada al principio general de la competencia y orientada hacia la expansión, el apoyo, y en una cierta medida, la regulación de los mercados. No sólo el Estado no ha desaparecido, no solo se está poniendo como nunca antes al servicio de las empresas, sino que el mismo se está transformando en un gobierno de tipo empresarial.

## Bibliografía

- AUDIER SERGE (2013). Les paradigmes du “néoliberalisme”, *Cahiers Philosophiques*, núm. 133, segundo trimestre.
- AUDIER SERGE (2012). *Néo-Libéralisme (s), Une archéologie intellectuelle*, París, Grasset.
- ALLAIS MAURICE, *Nouveaux combats pour l'Europe 1995-2002. Un aveuglement suicidaire, Pour une autre Europe*, París, Clément Juglar, 2002.
- COMMUN PATRICIA (2016). *Les ordolibéraux Histoire d'un libéralisme à l'allemande*, París, Les belles lettres.
- DARDOT PIERRE /CHRISTIAN LAVAL (2010). *La nouvelle raison du monde, Essai sur la société neoliberal*, París, La Découverte.
- DIXON KEITH (1998). *Les évangélistes du marché*, París, Raison d'agir.
- DOSTALER GILLES (1998). *Friedrich Hayek Libéralisme, Etat et Secteur Publique*, Séminaire SIGEM, Université de París 8, 7 décembre.
- DOSTALER GILLES (2001). *Le libéralisme de Hayek*, París, La Découverte.
- DOSTALER GILLES y DIANE ETHIER (bajo la dirección de) (1989). *Friedrich Hayek, Philosophie, économie et politique*, París, Economica.
- FRIEDMAN MILTON y ROSE FRIEDMAN (1998). *Two Lucky People: Memoirs*, Chicago, University of Chicago Press.
- GALBRAITH JOHN KENNETH (1962). *Economic Development in Perspective*, Cambridge, MA, Harvard University Press.
- GUILLÉN ROMO HÉCTOR (1997). *La Contrarrevolución neoliberal*, México, ERA, pp. 14-16.

- GUILLÉN ROMO HÉCTOR (2013). *Las crisis, de la Gran Depresión a la primera crisis mundial del siglo XXI*, México, ERA.
- HAYEK FRIEDRICH (1944). *Camino de servidumbre*, Londres, Routledge Press.
- HAYEK FRIEDRICH (1982). *Los fundamentos de la libertad* [1959], Madrid, Unión Editorial, S.A.
- HAYEK FRIEDRICH (1967). "Opening Address a Conference at Mont Pèlerin" en *Studies in Philosophy, Politics and Economics*, Londres, Routledge,.
- HAYEK FRIEDRICH (1969). "The Intellectuals and Socialism", en *Studies Philosophy, Politics and Economics*, Nueva Simon & Schuster.
- LIPPMANN WALTER (1938). *La Cité libre*, París, Librairie de Médecis.
- PIROU GAÉLAN (1939). *Néo-libéralisme, néo-corporatisme, néo-socialisme*. París, Gallimard.
- MISES, M. (1976). *My Years with Ludwig Von Mises*, Center for Futures Education.
- ROMERO SOTELO MARÍA EUGENIA (2016). *Los orígenes del neoliberalismo en México, La escuela Austriaca*, México, Fondo de Cultura Económica-UNAM.
- ROUGIER LOUIS (1938). *Les Mystiques économiques. Comment l'on passe des démocraties libérales aux Etats totalitaires*, París, Librairie de Médecis.
- SIMONNOT PHILIPPE (2003). "De Vienne à Auburn, l'école libertarienne mène une lutte farouche contre l'Etat", *Le monde*, 7 de octubre.
- SOLCHANY JEAN (2015), *Wilhelm Röpke, l'autre Hayek, Aux origines du néoliberalisme*, París, Publications de la Sorbonne.
- WAPSHOTT NICHOLAS (2013). *Keynes vs. Hayek, El choque que definió la economía moderna*, Barcelona, Deusto.
- WHITE LAWRENCE H. (2014). *El choque de ideas económicas, Los grandes debates de política económica de los últimos cien años*, Barcelona, Antoni Bosch.